Q6217
.445
.44
0.36

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00042033469

Don Luciano Comella
Cecilia Viuda

Baujac.

CECILIA VIUDA.

TERCERA PARTE.

DRAMA EN TRES ACTOS.

Representado en Casa de los Excelentisimos Señores Marqueses de Mortara.

SU AUTOR,

DON LUCIANO COMELLA,
Criado de SS. EE.

CON LICENCIA.
En Madrid: Por Benito Cano,
Año de 1787.

716475

A la Excelentísima Señora Marquesa de Mortara, con motivo del Drama intitulado *Cecilia Viuda*, que representó S. E., dixo E. E. S. D. D. H. el siguiente

SONETO.

Segunda vez, Señora, sorprendido
admiré tu Grandeza en baxo estado;
pero observé despues tranquilizado,
que el baxo estado mas te ha engrandecido.
¿Qué sirve un nacimiento esclarecido
si no va de virtud acompañado?
Y aunque sea apreciable lo heredado,
es aun mas apreciable lo adquirido.
En la humilde Cecilia representas
un modelo de todas las mugeres
por prudencia, decoro y compostura:
tu elogio formas quando tal obstentas,
y al tiempo mismo que la copia eres,
eres original de la pintura.

Con el propio motivo **D. D. A. H. D. A.** dixo el siguiente

SONETO.

La virtud, la Grandeza celebrada,
la juzgara un capricho, ó bien quimera,
si aquesta preeminencia no leyera
en todas tus acciones esmaltada.
En otras ocasiones exâltada
te ví, Señora, á la mas alta esfera,
en unas, como cándida soltera
en otras, como hermosa y fiel casada;
pero ahora que de viuda te contemplo
ensalzas la virtud que en tí respira
dándola nuevo ser con tu hermosura.
Un fiel retrato, un admirable exemplo
eres del bello sexô: en tí se admira
quánto puede el talento y la cordura,

INTERLOCUTORES.

Cecilia, viuda honesta.

La Excelentisima Señora Marquesa de Mortara.

La Marquesa.

Doña Polonia Sanchez.

Jacinta, criada de Cecilia.

Doña María Sedano.

Payas.

Marica.

Doña María Ignacia Remon.

Pepa.

Doña María Teresa Beyermon.

Paca.

Doña María Vital.

Tomasa.

Doña Ana Sanchez.

Criadas de la Marquesa.

D. Fernando, Teniente de Caballería.

Don Luciano Comella.

El Marqués.

Don Manuel de Goya.

Don Nicasio, Administrador del Pueblo.

Don Joseph Cabaza.

D. Juan, criado mayor del Marqués.

Don Andres Malbaseda.

Celedonio, Alcalde del Pueblo.

Don Diego de Andres y Sancho.

Bartolo, Personero.

El Excelentisimo Señor Marques de Mortara.

Bonifacio, Diputado.

Don Cayetano Alonso.

Regidores.

Faustino.

Don Francisco Goveo.

Patricio.

Don Isidro Moreno.

Patraña, Cabo.

Don Joseph Casanoba.

Marchena, Soldado.

Don Bernardino Sánchez.

Un Recluta.

MOZOS.

Luis.

Don Mariano Rosales.

Simon.

Don Manuel Cabeza.

Blas.

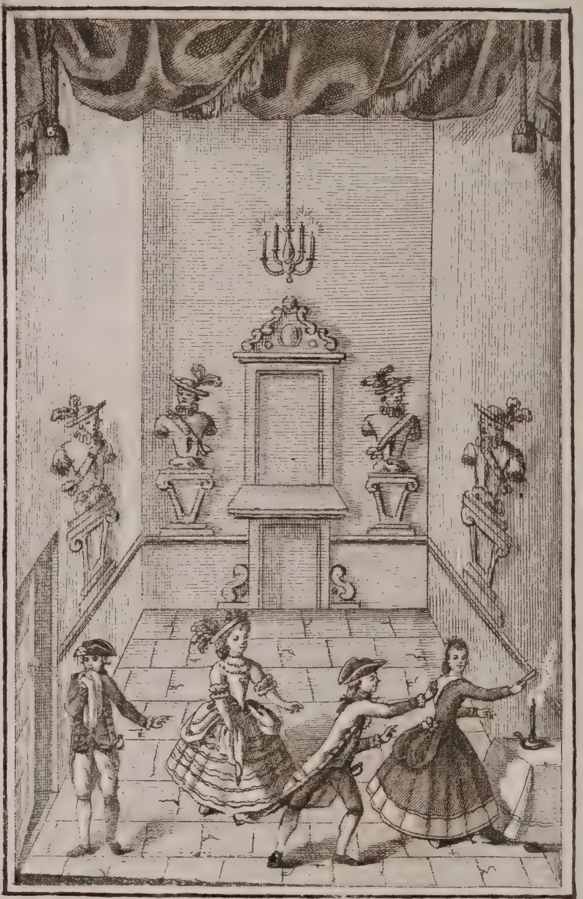
Don Juan de Uria.

Benito.

Don Joaquin Galvez.

Alguaciles, Carnicero, y Mozos que no hablan.

La Escena se finge en una Aldea del Marqués, quatro leguas distante de Portugal, en Castilla la Vieja.



PERDONANDO, Y A LAS LLAMAS
ENTREGANDO ESTE TESTIGO.

ACTO PRIMERO.

El Teatro representa una parte de la Aldea; la izquierda estará de edificios, y la derecha de bosque: el foro será una Colina: noche con Luna en el Ocaso que á breve rato empezará á ocultarse, y se figurará que amanece aclarándose el teatro por grados: una dulce sinfonía imitará primero la tranquilidad de la noche, despues el amanecer, luego la salida del Sol y concluirá quando suenan los gritos de los Payos que van al Castañar: esta sinfonía estará dentro: sale Don Fernando, mira al cielo, y luego dice:

D. Fern. Ya a los primeros albores
de la aurora, las tinieblas
de la noche á desterrár

con rasgos de luz empiezan:
diré á Jacinta que llame
á Cecilia, que en la Iglesia
pronto empezarán á hacer
la señal de la primera
Misa: desde que ha enviudado
ningun dia falta á ella,
porque por Lucas, al cielo *(se oye to-*
se la ofrece su modestia; *car á*
pero ya á tocar principian: *Misa.)*
Jacinta? Ya está en la puerta *(salen*
Cecilia: que pronta al eco *Cecilia y*
del metal tu fe se obstenta. *Jacinta.)*
Cec. Todo corazon virtuoso,
que oye que la dulce lengua
de la Casa del Señor
le llama á rendirle ofrendas,
y á tomar su bendicion
para empezar las tareas
del dia, no ha de tener
perezosa la obediencia;
pero lo que siento es,

RBC NcU

que todos los dias quiera
tomarse usted el trabajo
de acompañarme á la Iglesia
á estas horas: duerma usted,
que mas tarde, pues desea
oir Misa diariamente,
la encontrará sin molestia.
Yo voy á esta hora, porque
la tristeza que me cerca
es tan funesta, que verme
á mí misma no quisiera.
D. Fern. Cecilia, yo te confieso
que es mas que justa tu pena,
pues la muerte de tu esposo,
la del Conde, la miseria,
que es preciso experimentes
por no cumplir su promesa
el Marqués, y los amores
que osado te manifiesta
su Administrador, no son
pesares que no merezcan
que el pecho de mas teson

se acobarde ó se resienta;
pero tu conformidad
venció penas mas acerbas:
acuérdate del perdon
que al Marqués dió tu entereza.

Cec. Vamos á Misa.

D. Fern. Cecilia,
aunque mi voz te recuerda
estas funestas memorias,
no lo hace por darte pena,
sino porque en mis consuelos
conozcas que me interesan.

Cec. Ya lo sé ; pero que usted
tome tanta parte en ellas
es de extrañar. Yo ni Lucas
en alojarle con muestras
de gratitud nada hicimos,
cumplimos con la obediencia
debida al Rey , que al vasallo
alojar la tropa ordena.

D. Fern. Vuestra virtud , vuestro honor
echáron tales cadenas

á mi corazon sensible.
que á los afectos que engendra
el parentesco mas tierno
el que os profeso supera.
Jac. A tocar vuelven, Señora.
Cec. A Misa entremos apriesa.
D. Fern. Vamos á buscar á Dios,
que el que le busca le encuentra.

Salen Marica y Pepa cada una por su lado, con escobas en la mano, mirando á Cecilia, y despues cantan la siguiente cancion.

Duo. Del olivo el verde ramo;
cogelé,
que yo sé
que llenará de esperanzas
á tu fe:
cogelé,
cogelé, Zagala,
cogelé.
Pep. Marica, mucho madruga
Cecilia á dar una guelta. (*con malicia.*)

con el Oficial.

Mar. Muger,
yo de ella jamas creyera
tal vellaquería.

Pep. Estados
mudan costumbres.

Mar. ¿Qué piensas
de esto?

Pep. Yo mal.

Mar. Yo peor.

Pep. ¡Pobre Lucas! si vivieras,
¿qué dirias?

Mar. Que las viudas
que mas el llanto exâgeran
por el difunto, del vivo
que tiene compasion de ellas,
con santa conformidad (*dentro*
que se le enjugue desean. *gritería.*)

Pep. ¿Qué es esto?

Mar. Que ya la gente
va al Castañar segun señas.

Pep. ¿Tan temprano?

Mar. El mayordomo
que el Amo tiene en su hacienda
(que es tan bueno como él) trata
á los probes como bestias,
pues quando para él trabajan,
hasta el descanso les niega,
y hoy no es tan malo, supuesto
que al salir el sol los lleva
á la fatiga.

Pep. Callemos,
que él con todos aquí llega.

Se ve salir el Sol por el lado opuesto al de la Luna, y salen Paca, Tomasa, Luis, Blas, Simon, y los mas que puedan de Mozos, y Mozas; estos con varas y unos lienzos al hombro, y aquellas con cestas, cantando todos, y detras Don Nicasio.

Coro. Tributen parabienes
al conductor del dia
todos los Payos:
Pues todo ser recobra,

otra vez alegría,
viendo sus rayos.

CANCION.

Del olivo al verde ramo,
cogelé ; &c.

D. Nic. Dexaos ya de canticios,
y marchad á la tarea,
holgazanes ; ninguno hay
que el pan que come merezca.

Luis. De otra suerte nos trataba
el Conde que en gloria sea.

Pac. En tiempo de su merced
se ignoraba la miseria
en el Lugar , pero ahora: : :

D. Nic. Al trabajo y pocas quexas,
que yo hago lo que me manda
el Amo

Mar. Pero pudierais
escribirle la desdicha
en que se halla nuestra Aldea,
desde que mandó quitarnos
todo lo que la clemencia

del Conde nos daba.

D. Nic. Yo
debo mirar por la hacienda
del Amo, la economía
es la obligacion primera
de un Administrador.

Pep. Para
enriquecerse con ella
él; ¿no es verdad, D. Nicasio?

D. Nic. ¡Qué necedad!

Pep. Una bestia
como yo, qué ha de decir
sino necedades de estas.

Blas. ¡Qué Conde aquel Conde!

Pep. A mi
me pagaba la Maestra.

Luis. A mí la Escuela.

Pac. A mi madre
toitas las sementeras,
como era viuda, la daba
cebada para las tierras.

Mar. Quando la piedra, á mi padre

le compró un par de muletas
que valia cada una
quatro reales.

Pac. Dios le tenga
en su descanso, y le dé
tanta gloria, como buenas
obras nos hizo.

Todos. Amen: ¡quánto
su muerte llora la Aldea! (*llorosos.*)

Pep. Por la del Marques qué poco
llorara ninguno de ella.

D. Nic. Porque no fomenta el ocio
dándoos limosnas superfluas.

Mar. ¿Superfluas?

D. Nic. Al Castañar,
y dexémonos de grescas:
tú cuida que estos bribones (*á un*
pocos cigarros enciendan, *Mozo.*)
y que no metan el fruto
en las faltriqueras éstas:
¿estás? Pero yo daré
por allá pronto una vuelta,

y si tú no cumples ni ellos,
de la quadrilla iréis fuera,
Pac. Vamos allá, y para dar
algun vado á nuestras penas,
repita de la cantiña
segunda vez la cadencia:
Del olivo al verde ramo, &c,

Vanse todos, ménos Don Nicasio, Marica y Pepa.

Mar. ¡Qué corazon de novillo
tiene usted!
Pep. ¡Quién lo creyera!
D. Nic. Esos bribones, de toro
merecen que uno le tenga;
pero vosotras dos:::
Pep. Zape.
Mar. Entremos en casa, Pepa,
que hay un gato en el Lugar
que todo lo golosea.

Vanse cada una por donde salió.

D. Nic. Mira:: mira:: ya se fuéron.
¡Qué vida tan placentera

es la mia! Todo el Pueblo
á mi gusto se sujeta;
no respeto á la Justicia,
defraudo todas las rentas,
y me embolso las limosnas
que los Marqueses me ordenan
dar (á imitacion del Conde)
á los pobres de la Aldea:
tambien usurpo los mil
pesos que sobre la hacienda
libre tienen señalados
á Cecilia, en recompensa
de su virtud; estos daños
los hago con la cubierta
de que el Marques me lo manda,
y como en la Aldea piensan,
viendo esto, que fué fingida
de su conducta la emienda,
tienen por inútil darle
parte de mi prepotencia.
Si los Señores miraran
bien qué sugetos emplean

en sus Administraciones;
cómo les toman las cuentas
sus criados; si con ellos
conservan correspondencia
secreta; si en los ajustes
algunos regalos median;
y dieran por sus Estados
de quando en quando una vuelta,
no tendrian menoscabos
en sus fueros ni en sus rentas,
fueran útiles al pobre,
sus Lugares florecieran;
y en fin, se verian libres
de aquella nota funesta
de que en sus jurisdicciones
solo reyna la indigencia:
pero aquí viene Cecilia
con el Oficial: quisiera
hablarla::: mejor será
con alguna estratagema
ir á su casa despues:
su peregrina belleza

es dulce iman que arrebata
mis sentidos y potencias.
Pero me han visto, y parece
que á la otra calle dan vuelta.
El Oficial es quien tiene
la culpa de que no atienda
á mis cariños, que al logro
de su mano solo anhelan;
pero yo la he de vencer
por medio de la miseria,
que aunque es medio temerario
el amor me lo aconseja. *(vase.)*

Plaza del Lugar. Salen Celedonio y Bartolo con dos Alguaciles.

Cel. Señor Cortadór, si á nos *(mirando ácia dentro.)*
llegare acaso otra quexa
por medio de un pedimento
de boca, de que cercena
los pesos con robicidios,
una catástrofe séria
hará la nuestra merced
con él; con que, amigo, cuenta,

que mi vara no se tuerce
por faldas ni por pesetas,
porque femina & pecunia
fugite partes adversas,
á Celedoniorum vara. *(dexa de hablar adentro.)*
¡Que otra vez me reeligieran
Alcalde ! mucho lo siento;
¿mas qué le he de hacer ? paciencia,
que los cargos de la Patria
deben tener los Atletas:
el folío á abrir entremos,
que hoy el Marques nos espeta
en respuesta del recurso
que le hizo nuestra impotencia
tocante á las follonadas
que su Mayordomo engerga,
que ya los demas Consúles
en el Capitolio esperan.

Bart. El Diputado y demas
no tienen tanta viveza
como vos , y todavía
dormirán á pierna suelta,

Celed. Dices bien, y miéntras vienen
demos por aquí dos vueltas.

Sale el Cabo Patraña con otros Soldados de Caballería, todos en chupa, con gorra, y las espadas debaxo del brazo, cantando las siguientes

SEGUIDILLAS.

El que no ha melitado
en este mundo,
ni es sugeto de forma
ni de buen gusto.
Que en la Melicia
las presonas mas rudas
se cevilizan.

Sold. 1. Señor Cabo Esquadra, vaya
que usted siempre se las pela
por cantar.

Patr. ¿Y qué tenemos?
Quando estaba yo en la guerra
de Panzacóla espantaba
las bombas de esta manera,
porque las causan temor

las seguidillas manchegas.

Sold. 1. Allí está el Alcalde.

Patr. Bravo:
voy á darle una querella
contra el vino del Lugar;
porque es uno en la apariencia,
y otro en la substancia.

Sold. 1. Vamos.

Se llegan ácia el Alcalde, que se habia estado paseando.

Pat. Señor Alcalde, usted sepa, *(jugando con la gorra)*
que las presonas de modo
quando van á la taberna
van á beber vino; y quando
á la fuente (que es por fuerza)
van á beber agua. ¿Está
usted? esta es mi querella;
usted allá la defina
con su acostumbrada cencia.

Celed. Esto es decirme in terminis,
que el Tabernero violenta
con agua la doncellez

del vino: no paseis pena,
que yo fallaré el castigo
que merece tal violencia.

Sale Faustino.

Faust. ¿Vino el otro Regidor?
Bart. No, y há una hora que espera
Celedonio.
Faust. ¿Pues qué haremos?
Bart. Yo no lo sé, y la respuesta
de la carta del Marqués
quizá requiere gran priesa. (abrirla
Faust. Hombre, hay mas que ántes de
los tres respondamos á ella.
Bart. No lo apruebo:
Faust. Pues yo quiero
que se responda.
Bart. Es demencia.
Faust. Yo soy Regidor y basta.
Bart. Yo Personero.
Celed. Prudencia:
vamos al Ayuntamiento
á abrir la carta, babiecas,

y si el otro Regidor
y el Diputado se quexan,
que se quexen: esto fallo.
Bart. Sois un archivo de ciencia.
Faust. Sois naturalmente sabio.
Celed. Por eso dixo un Poeta
quo dabit natura nemo
potest negare: á la Audiencia,
y de paso al Tabernero
le daré una mano buena. (*vanse.*)
Patr. Ya se fuéron: otra vez
sigamos, chicos, la gresca.
Cantan. Si por querer, el diablo
niña te tienta
busca en vez de polainas
escarapelas.
Que su bambolla
si no te da provecho
te dará honra.

Sale Don Fernando.

D. Fern. Válgame Dios, señor Cabo,
¡qué cabeza tan deshecha

tiene usted! ¿Quánto mejor
fuera que el tiempo que emplea
en seguidillas, le empleara
en oir Misa? El que quiera
tener buen acierto en todo
procure esta diligencia
todos los dias hacer,
y verá como lo acierta.

Patr. Verbo y gracia: como usted
y la Patrona.

D. Fern. No ofenda,
señor Patraña, con voces
misteriosas la modestia
de Cecilia.

Patr. Mi Teniente,
de quanto digo sospecha,
y apuradamente soy
exemplo de la inocencia.

D. Fern. ¿Tenemos algun Recluta?

Patr. Cõmo ha de haberle, si echa
agua al vino el Tabernero,
y aunque moja no calienta.

D. Fern. ¿Quién le ha dicho á usted que
el engaño ó la violencia, (el vino,
son medios equitativos
de reclutar? El que sienta
plaza, debe hacerlo con
conocimiento, sin fuerza,
y excitado de la gloria
de servir en la carrera
de las armas, á un Monarca,
que por su piedad inmensa,
por su amor á sus Vasallos,
y por sus amables prendas
se hace digno de que todos,
ya en la paz, ó ya en la guerra,
con enardecido afecto
le sirvan á competencia;
á un Monarca á quien tan solo
virtud y honor recomiendan
al Soldado para el premio;
que antepone á la nobleza
la humildad, quando ésta sabe
superar en gloria á aquella.

¡Quánto gusto tiene un pobre
Labrador al ver que llega
su hijo desde Soldado,
por medio de esta carrera,
al lustre de Oficial! ¡Quántas
veces con lágrimas tiernas
bendice la Real piedad!
¡Quántas se enardece y llena
de un noble ardor con que envidia
del hijo la preeminencia,
y á la postre de sus años
sus pasos seguir desea,
y engañándole el valor
prorrumpe en voces que llenan
el corazon de alegría
del que ve tan dulce escena!
Con que un camino, Patraña,
que guia á las nobles puertas
del honor, ni la embriaguez,
ni el fraude; porque le emprenda,
deben sobornar al jóven;
la gloria, el lustre y nobleza

se le ha de pintár que adquiere
siguiendo esta noble senda
el Soldado que es virtuoso:
esto entendido usted tenga
en lo succesivo, y dexe
de enamorár las mozuelas,
que están picados los mozos,
y no quisiera que hicieran
con usted lo que con otros
han hecho de la Bandera:
juicio, señor Patraña,
sino yo haré que le tenga,
que hay de ser alegre, á ser
perjudicial, diferencia;
y en los Pueblos el Soldado
no debe causar molestia.

Patr. Usted, mi Tiniente, quiere
que todos como usted sean,
y yo no puedo: esta cholla,
y dempues esta flaqueza
de encandilárseme el alma
y el cuerpo con las mozuelas: : :

Vamos, si no puede ser
que en la vida juicio tenga.

D. Fern. ¿Y qué hay de nuevo? que usted
hoy no ha ido á darme cuenta
de su persona, y me ha dado
lugar que á buscarle venga.

Patr. Señor, nada.

D. Fern. ¿Y los caballos?

Patr. El mio está con jaqueca
desde ayer; por lo demas
tiene tan buena cabeza
como yo; ¿lo entiende usted?
relincha quando vé yeguas.

D. Fern. Por amor de Dios, señores,
que se porten con prudencia,
y que no den que decir
á las gentes de la Aldea. (*vase.*)

Patr. En dos años que há que estamos
de recluta en esta tierra
no ha dexado ningun dia
de encajarnos esta arenga,
que á mi Tiniente, á mi ver,

mejor que la escarapela
le estaria una capilla;
amigo, erró la carrera.

Sold. 1. Qué quieres, si semos malos.

Patr. Aunque lo semos, Marchena,
vamos á Misa, y de tanto
tiempo que el diablo se lleva
demos este poco á Dios,
para que en esto se vea,
quánto el exemplo del Gefe
en el súbdito aprovecha. (*vanse.*)

Sala de Ayuntamiento: en ella Celedonio, Bartolo y Faustino sentados y los dos Alguaciles en pie.

Bart. Abrase la carta, vamos.

Celed. Ya está, Tribunos, abierta.

Faust. Vos la podeis leer, Bartolo,

Bart. Vos, Faustino, podeis leerla.

Faust. Por Síndico á vos os toca.

Bart. Yo os cedo la preeminencia.

Faust. No la leo.

Bart. La leeréis.

Faust. No la leeré aunque supiera::

Celed. ¿Por qué?

Faust. Porque no sé leer.

Celed. Pues vos la leeréis por fuerza.

Bart. Digo que no la leeré.

Celed. ¿Cómo?

Bart. Como aunque yo quiera
tampoco sé.

Celed. Pues Litores (*se levanta.*)
aquí se acabó la Audiencia.

Sale Bonifacio.

Bonif. ¿Qué es esto?

Celed. Leed esta carta:
todos á sentarse vuelvan.
Oid.

Bonif. Concejo, Justicia,
Regimiento de mi Aldea::

Celed. Animal, bésala, y luego
ponla sobre la cabeza. (*hacelo así*

Bonif. Ya está hecho. *Bonifacio.*)

Celed. Ahora prosigue.

Bonif. Etcetéra, os participo::

Celed. Antipóda , la leyenda
de nuevo empieza.

Bonif. Concejo,
Regimiento de mi Aldea,
etcetéra : os participo
como recibí la quexa
contra mi Administrador,
á quien pido con presteza
me informe sobre el asunto
para tomar providencia.
El Marques.

Celed. Este Marques: : *(levantándose, y dando un golpe con la vara en el suelo.)*
no te precipites lengua;
pero hay cosas en el mundo
que hacen perder la paciencia.
¡Del mismo reo informarse!
tan solo el Marques lo hiciera
que es un loco: : sin querer
ya lo encajó mi enfluencia.
¡Cómo él el monopolío,
la estafa , la prispotencia,
el mal trato ; el dispotismo,

la iniquidad y vileza
ha de confesar! Yo soy
un borrico, y no pidiera
al mismo acusado informe
del crimen que le motejan.
Padres conscriptos, pensemos
qué harémos en tal urgencia.

Los tres. Pensemos.

Se quedan pensativos en varias aptitudes, y sale Patricio.

Patri. Ya estoy aquí,
la carta del Marques lean;
¿pero qué es esto?

Celed. ¿Con que
mi voto todos aprueban? *(levanta la cabeza de pronto.)*

Bart. Sí.

Celed. Pues vámonos á arar.

Patri. ¿Y la carta?

Celed. Eccela abierta.

Patri. ¿Sin mí? protesto la Junta.

Celed. Aquí no valen protestas:
venir temprano.

Patri. Tenia
que dormir.
Celed. Buena respuesta.
Bart. Para poner la postura
en verdad que bien despierta
temprano el tio Patricio.
Celed. Eso es por lo que se pega.
Patri. El acto es nulo.
Celed. Callad,
y todos conmigo vengan.
Bonif. Qué distinto este Marques
que el Conde el Lugar gobierna.
Celed. En los Protócolos nuestros
haré que por él se extienda:
Pesimus est Imperator,
que in sibi mismus no impera. (*vanse.*)

Zaguan de la casa de Cecilia, con tres puertas, encima de la del medio habrá una ventana que figura serlo de un sobradillo; y á un lado colgadas unas pistolas de arzon; aparece Cecilia sentada leyendo.

Cec. Ya que tengo estas paredes
cansadas con mis querellas,
pues que de dia y de noche
mi llanto y quexas no cesan,
quiero dar, leyendo un rato,
á tan triste penar treguas.

Sale Jacinta con un pan.

Jac. Señora : : :
Cec. ¿Qué traes aquí?
Jac. Este pan, que la Tendera
me ha dado fiado, y que hoy
será la comida nuestra
solamente, pues no hay nada
de que echar mano se pueda
en casa, ni que empeñar
ni vender en ella queda.

Cec. Por tí lo siento, que yo
me pasaré con qualquiera
cosa: llévale allá dentro.

Jac. ¡O, quién su virtud tuviera! (*vase.*)

Cec. ¡Pobre muchacha! aunque ve
que me falta á la promesa
el Marqués; que por la muerte
del Conde estoy sin la renta
que me señaló; y en fin,
que otra vez en la miseria
voy á verme sumergida,
quiere ser mi compañera,
y pretende tener parte
en mis fortunas adversas.
¡O, cómo á las almas grandes
las humildes avergüenzan!
Estas su piedad prodigan
movidas de la clemencia,
y muchas de aquellas solo
por alhagar su soberbia.

Sale Paca.

Pac. Allí está Cecilia: ¡Qué alma

tiene tan cándida y buena!
no llega pobre ninguno
á quien no socorra tierna.
A Dios, Cecilia.

Cec. A Dios, Paca;
siéntate.

Pac. Hoy estoy de priesa.

Cec. ¿Qué traes?

Pac. Venia: : como
fué tan mala la cosecha,
á ver si vos: : :

Cec. Chica? dale
medio pan, no te detengas.

A Jacinta, que sale así que la llama.

Pac. ¿Sin pedirle me le dais?

Entrase Jacinta, y luego sale y la da el medio pan.

Cec. Quiero ahorrarte la vergüenza;
porque, amiga, para mí
no hallo mayor complacencia,
que dar con aquesta mano
al pobre, lo que con esta

recibo de Dios; que el bien
que se hace, consigo lleva
una recomendacion
tal, que aunque la recompensa
sea ingrata, de haberlo hecho
jamas al alma le pesa.

Pac. ¡O, qué bondad! Señor:::

Vase, y al tiempo de entrar se encuentra con Don Fernando, que ha estado escuchando las razones de Cecilia.

D. Fern. Calla.

Jac. Vos os pasais ya de buena:
¿de un pan que teneis dais medio?

Cec. Y si otro pobre viniera,
le daria lo restante.

Jac. ¿Y entónçes hoy qué comierais?
que como de Don Fernando
ocultais vuestra miseria,
y no quereis disfrutár
de su mesa, aunque os lo ruega,
ningun recurso os quedaba.

Cec. Si me faltaba en la tierra,

sé que desde el cielo cuida
de todos la providencia.

D. Fernando á este tiempo tira una moneda de oro, y vuelve á ocultarse.

¿Qué es esto, quién ha tirado
esta onza de oro á la pieza?
Pero yo lo miraré:

Abre la puerta y halla á D. Fernando.

¿la tiró vuestra modestia?

D. Fern. Yo? ¡Que despues de arrojarla
no me haya salido fuera! (*aparte.*)

Cec. Usted, Don Fernando, usted,
en vano ocultarlo intenta,
y su bolsillo este don
otra vez á ocupár vuelva,
lo uno, porque en mí no hay
para merecerle prendas,
lo otro, porque lo preciso
Dios piadoso me franquea.

D. Fern. Cecilia, todo lo he oido,
sé del modo que te encuentras:
vosotros, quando yo vine

á este Pueblo de Bandera
(que fué quando de su herida
Lucas curado hubo apénas)
gozabais tranquilamente
de la dulce recompensa
que á vuestras virtudes diéron
los Señores de esta Aldea;
pero la muerte del Conde
os quitó una parte de ella
al año; y habiendo entrado
en posesion de la hacienda
el Marqués, como marido
que es de su hija la Marquesa,
ordenó á su Mayordomo,
segun él mismo confiesa,
que os quitase la otra parte;
y así volvió la indigencia
otra vez á introducirse
en vosotros con mas fuerza:
despues, Lucas, fatigado
de las humanas miserias,
al impulso de una fiebre

por mejor vida trocó esta,
dexándonos á los dos
sumergidos entre penas;
yo llorando su amistad,
tú llorando su terneza:
ántes de morír, con rostro
de una alma á quien no la aterra
la eternidad, porque se halla
libre de la vil cadena
del remordimiento, á entrambos
nos llamó, y con voces tiernas
profirió: „Cecilia hermosa,
„aunque yo muero, te queda
„en Don Fernando un amigo
„honesto que te proteja;"
fixando en un Crucifixo
despues la vista, con señas
de dolor y de alegría
á quien le dió el sér, entrega
el sér: esta confianza
le merecí en su postrera
hora, y ofrecí pagarla

con mi proteccion sincera.
Esto supuesto, Cecilia,
negándome tu miseria
me ofendes á mí y á Lucas,
á Lucas en la obediencia,
y á mí en la satisfaccion,
pues dudas de mis promesas;
mas puesto que á pesar tuyo
sé el estado en que te encuentras,
desde hoy mi sueldo contigo
partiré, y en quanto pueda
cuidaré de tu persona
como de la mia mesma;
que si perdiste un esposo
que velaba en tu asistencia,
en su puesto un protector
piadoso y benigno encuentras.
Cec. Mi gratitud, Don Fernando,
no halla voces con que pueda
significaros las gracias
que el alma daros desea,
pero el rendimiento explique

lo que no explica la lengua.

Jac. Casi en un Oficial jóven
tanta virtud y modestia
es increible.

Cec. Al libertino
lo será; al que no penetra
la fuerza del Christianismo,
al que ignora que en su esfera
en todas clases y edades
las virtudes se profesan,
y de estas virtudes duda
quien nunca supo exercerlas.

D. Fern. En la tropa hay bueno y malo,
porque esta ilustre carrera
no se opone á las virtudes;
al contrario las enseña.

Cec. Pero á tanto favor ¿cómo
podré yo dar recompensa?

D. Fern. Disfrutándole.

Cec. No es justo,
primero es vuestra decencia.

D. Fern. Primero es mirar por tí:

mi decencia en siendo honesta
basta.

Cec. Pero en protegerme,
¿qué fin vuestro pecho lleva?

D. Fern. El del sabio, que vivír
con sus próximos desea
para procurár su dicha.

Cec. Vos me llenais de vergüenza.

D. Fern. Tú á mí de emulacion noble
con que imitarte quisiera.

Cec. ¡Qué bondad!

D. Fern. Qué candidez!

Cec. Dios os bendiga y proteja.

D. Fern. Y á tí para tantos males
te llene de resistencia:
ven conmigo. (*á Jacinta.*)

Cec. ¿Dónde vais?

D. Fern. Luego lo sabrás, espera.

Cec. ¡Quién creerá en un Oficial
jóven accion tan honesta!

D. Fern. Quien sepa que la virtud
el que quiere la profesa. (*vanse.*)

Cec. Supremo Hacedor,
suma providencia,
¡o, qué pronto diste
alivio á mis penas!
En fin, ya no me hallo
en suma pobreza,
ni me hallo tampoco
en riqueza extrema;
por esto doy gracias
á tu Omnipotencia,
pues en todo extremo
el peligro reyna.
La riqueza suma
inspira soberbia,
y vileza inspira
la suma pobreza;
mas de todos modos
mi alma está contenta,
pues es mi alvedrio
la voluntad vuestra,
y si es vuestro gusto
que sufra y padezca,

vengan, Señor, males,
vengan, mi Dios, penas,
que ahora reconozco
que el quexarnos de ellas
nace solamente
de nuestra flaqueza;
mas como de noche
dormír no me dexan
las amargas ansias
que al alma atormentan,
el cuerpo parece
que al sueño se entrega,
y que se entorpecèn
sentidos: : potencias. *(se queda dormida en la silla.)*

Sale D. Fernando.

D. Fern. Ya lo necesario
á Cecilia bella
comprando Jacinta
en la plaza queda,
pero allí entregada
al sueño se muestra;
voy á despertarla: :

indiscrecion fuera:
subirme á mi quarto
quiero con reserva
á escribír al Gefe
miéntras que despierta. *(entrase por la puerta de enmedio.)*

Sale D. Nicasio.

D. Nic. Sola está Cecilia,
y pues con certeza
sé que la criada
y el Oficial quedan
en la Plaza ahora,
la ocasion es esta
de lograr seguro
mi amorosa idea;
pero para ello
cerraré las puertas; *(va cerrando las tres puertas con mucho silencio.)*
y á fin que su mano
á darme se avenga
usaré del ruego,
rigor y cautela:
ya queda cerrado.
¡Cómo el pecho tiembla

pensando el agravio
que hago á su modestia!
¿Mas qué me acobarda,
quando mi violencia
ni fueros divinos
ni humanos respeta?
¿Cecilia, Cecilia? (*la despierta.*)

Cec. ¿Quién
me llama? vos? Salios fuera,
¿qué queréis?

D. Nic. Vengo á traerte,
ya que el Marqués te lo niega,
un socorro de mi parte.

Cec. Conozco vuestras ofertas,
y así, idos.

D. Nic. No es posible,
sin que ántes á mi terneza
correspondas con la tuya.

Cec. ¿Qué profiere vuestra lengua?

D. Nic. No me culpes á mí, culpa
tu soberana belleza.

Cec. ¿Cómo soberana, siendo

belleza perecedera?

D. Nic. Como puede hacer dichoso
al mortal que la posea.

Cec. ¿Y qué dichas causár puede
un vil compuesto de tierra?

D. Nic. Sofisterías , y así::

Cec. Ved que mi honor: :

D. Nic. ¿Y qué piensas
tú que es honor?

Cec. El mayor
bien de una muger honesta.

D. Nic. Y aunque no le tengas, dime,
¿quién lo sabrá?

Cec. ¿Quién? Yo mesma,
y Dios.

D. Nic. Pero para el mundo
conservarás tu modestia.

Cec. Pero ante el supremo Juez
seré criminal y rea.

D. Nic. ¿Siendo mi esposa?

Cec. He jurado
á Lucas firmeza eterna.

D. Nic. Que poco con el Teniente: :
Cec. ¿Qué pronunciais?
D. Nic. Estoy fuera
de mí. Yo muero : tu mano
temple tan fiera dolencia.
Cec. No lo espereis.
D. Nic. No? Pues ya
que á mis ruegos se la niegas,
la concederás ingrata (*quiere tomarla la mano.*)
á mi rigor.
Cec. ¡Qué violencia!
yo huiré de vos: : ¡ pero ah,
estan cerradas las puertas!
¡Ay Dios, qué esten fuera todos!
D. Nic. Ningun recurso te queda.

Toma Cecilia una de las pistolas, y se la alarga á Don Nicasio; él no la toma.

Cec. Pues, bárbaro, hieremé,
pasame el pecho, no temas;
que primero que consigas
el fruto de tus ideas,

quiero á Dios sacrificár
por tu furor mi modestia.

D. Nic. No soy tan vil ni tan fiero;
viva te quiero, no muerta.

Quiere acercarse, y Cecilia pone la pistola en acto de dispararla contra sí, y se arrima á la puerta de la izquierda.

Cec. Si otro paso dais, yo misma
me daré la muerte fiera:
para escapár de su furia
he discurrido esta treta. (*aparte*)

D. Nic. Detente, Cecilia.

Cec. Pues
abridme esa puerta.

D. Nic. Dexa: :

D. Fern. dentro de la puerta de enmedio.

D. Fern. ¿Qué voces son estas? mas
está cerrada la puerta.

Cec. Por fortuna mal cerrada
la puerta ha dexado: :

Reparando en la puerta de la izquierda á donde se ha arrimado.

D. Nic. Espera,
que pretendo que conozcas::
Cec. Nada habrá que me detenga,
y así::

Forcejeando por abrir, abre la puerta de golpe, cae dentro, y suena tiro de pistola, y Don Fernando se dexa ver en lo alto del Sobradillo.

D. Fern. ¡Qué veo!
Cec. dentro. ¡Ay de mí!
D. Fern. Allá voy en tu defensa.

Se tira desde el Sobradillo con la espada en la mano, y se queda inmovil.

D. Nic. Cecilia se ha herido, ¡ó cielos!
D. Fern. ¡Ay triste!

Levantándose, y apoyándose sobre la espada, como que se ha lisiado una pierna.

D. Nic. Apelár es fuerza
á la fuga, aprovechando
el tiempo que me franquea
el golpe que el Oficial

se ha dado: fortuna adversa,
esta vez no has permitido
que se logren mis ideas.

Vase por la derecha.

D. Fern. Espera infame: ¡mas ay
que me lastimé esta pierna!
¡que no me dexe el dolor
ir á vengar esta ofensa!
Pero primero es preciso
dar auxîlio á la inocencia
de Cecilia. Dios piadoso,
dadme para hacerlo fuerzas;
pero ya vuestra bondad
inspira en mí fortaleza,
y en ayuda de Cecilia
se dirige mi clemencia,
pues de la pistola ignoro
si acaso dió el tiro en ella,
que las desdichas humanas,
quando en perseguir se empeñan
á un mortal, unas de otras
son precursoras funestas;

pero para superarlas
opondré mi resistencia,
aunque sepa aventurar
mi vida por defenderla,
pues por su vida mi vida
nada importa que se pierda.

ACTO SEGUNDO.

Salon corto en casa de Cecilia: sale esta precipitada, y Don Fernando siguiéndola.

Cec. No me sigas monstruo horrible,
dexa mi honor puro y terso.
D. Fern. Que soy D. Fernando advierte,
reconóceme. (*le mira.*)
Cec. En efecto:
perdonad.
D. Fern. ¿Estás herida?
Cec. Es tan fuerte el sentimiento

que el alma siente, que ignoro
si padece alguno el cuerpo.

D. Fern. Ningun indicio distingo
de herida. (*mirándola.*)

Cec. Gracias al Cielo.

D. Fern. ¿Cómo se disparó el arma?

Cec. Con el tropezón violento
que dí al tiempo de la fuga.

D. Fern. Fué fortuna que::

Dentro Celedonio.

Celed. Al momento
entremos todos señores
á ver del tiro el suceso.

Dentro Bartolo.

Bart. Vamos, que segun informan
las vecinas es funesto.

Salen Celedonio, Bartolo, Faustino y Alguaciles.

Celed. ¿Cecilia?

Cec. ¿Qué me mandais?

Celed. ¿Qué ha habido aquí? dilo presto,
que las voces que habeis dado,

y el tiro que se oyó dentro,
denotan ::

Cec. No ha sido nada.

D. Fern. No ha sido nada, es muy cierto,
pero el::

Celed. Proseguid.

Cec. Pero el
tiro que os da tanto miedo::

D. Fern. Le motivó::

Cec. Ya se ve,
el tomar mi poco seso
la pistola , y dispararse:
no descubrais el misterio. (*aparte.*)

Bart, ¿Pero por qué Don Nicasio
salió de aquí tan corriendo?

Cec. Tendria que hacer.

Faust. ¿Y aquí
á qué vino?

Cec. Vino atento
á ofrecerme su piedad.

Celed. De su pecho no lo creo.

Cec. Pues lo hizo.

Celed. ¿Con que á ninguno
de los dos su vil denuedo
hirió?
D. Fern. ¿No lo veis?
Celed. Muy bien,
quedo satisfecho de ello:
Ahora, nobles Capiscoles,
con iligancia pensemos,
qué hemos de hacer con el tíro,
no sea el diablo que reo
rese maestate resulte.
Bart. Apercibirle de recio.
Faust. ¿Apercibirle? prenderle.
Celed. Id vos á su prendimiento,
y en prendiéndole, encajadle
el par de grillos mas gruesos.
Faust. ¿Al tiro grillos?
Celed. Al tiro.
Faust. Sinó tiene pies,
Celed. Camueso,
sinó tiene pies, tampoco
tendrá para preso cuerpo,

y esto se entiende tenetur
ad imposibile nemo. *(vanse.)*

D. Fern. Ya te obedecí, Cecilia;
pero sabe que no entiendo
por qué ocultas de ese infame
los detestables proyectos.

Cec. Yo os lo diré : los oculto
porque sacrificár quiero
á Dios las persecuciones
para mas merecimiento;
ademas, que las materias
de honor son en nuestro sexô
tan delicadas, que á veces
es peor que el mal el remedio,
porque en decirlas padece
el pundonor detrimento,
y por evitar un mal
se siguen otros mas fieros,
pues entre creerlo y dudarlo
se dividen los conceptos.

D. Fern. ¿Pero debo tolerar
de un vil el atrevimiento

de querer burlar tu honor?
No, tolerarlo no debo,
en su busca parto á dar
á su maldad escarmiento.

Cec. Don Fernando: : (*deteniéndole.*)

D. Fern. Con cautela
sabré asegurar el hecho.

Cec. Deteneos, y advertid,
que tan solamente el cielo,
y despues los Reyes tienen
en nuestras vidas imperio.
Y quando del Cielo el brazo
se reserva este derecho;
¿qué mortal tendrá valor
para usurparle sus fueros?
El perdonar las injurias
al próximo, fuera de esto,
debe tener el Christiano
por gloria: de sus opuestos
debe ser amigo, y debe,
aun de su asesino mesmo,
besar la traidora mano,

y orar por su emienda al cielo;
que aunque es dulce la venganza
en sus ímpetus primeros,
su dulzura es como el rayo,
que mata y alumbra á un tiempo.

D. Fern. Es verdad que es criminal
la venganza en nuestros pechos,
y que el delito privado
perdonar todos podemos;
pero el daño que al comun
resulta de los perversos,
por medio de la Justicia
debe el Ciudadano cuerdo
precaver ; porque mas vale
separar del cuerpo un miembro
podrido , que no que dañe
á todo el resto del cuerpo;
fuera de que, si se entrega
esta maldad al silencio,
es dar lugar á que insista
Don Nicasio en sus excesos.

Cec. ¿Pues qué debemos hacer?

D. Fern. Oponer á sus deseos
la precaucion, y quexarse
de él á un Tribunal supremo.
Cec. Quizá no insistirá mas.
D. Fern. Es mucho su atrevimiento.
Cec. Puede amonestarle el Cura.
D. Fern. No hará caso de sus ruegos.
Cec. Es Christiano.
D. Fern. Pero malo.
Cec. Es humano al fin.
D. Fern. Mas fiero.
Cec. Con el tiempo de sus culpas
sentirá remordimientos.
D. Fern. Aunque los sienta, el malvado
hace poco caso de ellos.
Cec. Perdonarle á mí me toca
en fin.
D. Fern. Y á mí buscar medio
de precaver de su insulto
tu modestia.
Cec. Se la tengo
encargada á Dios, y Dios

la libertará de riesgos. *(vase.)*

D. Fern. ¡Con qué confianza el virtuoso
entrega al poder supremo
su corazon! mas qué mucho
si en su Tribunal no es reo,
al revés del que le tiene
corrompido del exceso,
que quando le entrega á Dios
duda de su acogimiento.
¡O prodigiosa muger,
digna de lauros eternos!
en tu favor mi conato
empleará todo su esfuerzo,
para que tantos peligros
pueda superar tu pecho. *(vase.)*

Múdase el teatro en un Castañar, que ocupará todo el foro, con sus baxadas: aparecen al pie de él sacudiendo los Castaños hombres y mugeres, cantando la siguiente

C A N T I Ñ A.

Coro. Del trabajo la honrosa fatiga,

siga,
que dispensa sin contradicciones,
dones,
con qüe pasar la vida
todos los pobres.

Luis. Mas honrado es quien gana
el pan sudando,
que el honrado que vive
del ocio esclavo.

Paca. Se fatiga en el ocio
el Cortesano,
y el labrador descansa
en el trabajo.

Coro. Del trabajo la honrosa fatiga, &c.

Luis. ¡Qué grande cosecha este año
hemos tenido!

Paca. Ya ha tiempo
que en diez leguas en contorno
no envió otra igual el Cielo. (*trueno á lo léjos.*)

Luis. ¿Pero qué es esto?

Tom. No es nada,
que ha tronado ácia lo léjos.

Blas. Vamos Castañar arriba.

Tod. Vamos allá, repitiendo:
Del trabajo, &c.

Suben Castañar arriba, y *se ocultan*, y *el Marqués dice dentro.*

Marq. Pues el nublado amenaza
gran riesgo, segun lo denso,
ata chico los caballos
en ese tronco, y baxemos
al Castañar á ampararnos
de sus ramas.

Salen el Marqués y *D. Juan de camino*

D. Juan. Con efecto
dice Vuecelencia bien.

Marq. Aquí hay un castaño hueco,
que si no del todo, en parte
nos puede servir de techo;
¡pero la tempestad crece
cada vez mas! ¡Cómo en esto,
aunque mas digan, su furia
contra el hombre obstenta el cielo!
¡Qué corazon gozará

de quietud al ver su ceño!
Si este solo es un amago
del encono sempiterno,
¡qué será el que hemos de ver
todos el dia postrero!

D. Juan. El caso es, que en estos casos
todos al Cielo tememos,
y en pasándose el nublado
olvidamos sus recuerdos.

Marq. Dices bien; pero con todo,
por ver si se aplaca el Cielo,
dirijamos nuestros votos
á su compasion, diciendo:

Coro. Clemencia, clemencia,
cielo soberano,
templa lo inhumano
de la tempestad.
Que el furor del trueno,
que el rigor del rayo,
conduce á un desmayo
mi animosidad.
Clemencia, Dios mio,

Dios mio, piedad.

Marq. Ya el rigor de la tormenta
parece que va cediendo.

D. Juan. Si Señor, y va tomando
la nube rumbo diverso.

Marq. Ya no llueve, y el camino
podemos tomar del Pueblo,
á cuyo fin los caballos
haz conducir á este puesto.

Se va aclarando el teatro, y apartándose las nubes, hasta que se manifiesta el Iris.

D. Juan. Mejor será entrar á pie
sin meter ruido, y con esto
conseguirá Vuecelencia
mas bien todos sus intentos.

Marq. De todos modos avisa
que esperen en ese cerro.

D. Juan. Está muy bien: la venida
del Marqués aquí no entiendo,
quiera Dios que del amor (*aparte.*)
de Cecilia no sea efecto. (*vase.*)

Marq. Aquí vienen dos zagalas
á hablarlas yo me resuelvo
por ver si me dan noticia
de lo que á averiguar vengo.

Salen, cada una por su lado, Marica y Pepa, cantando el siguiente Dueto.

Las dos. Bien venido seas
Iris matizado
á volver al Prado
la tranquilidad.
Con tus tres colores
recobran las flores
el brillo perdido
con la tempestad.

Atraviesa por el foro un Pastor con ovejas.

Alegraos Pastorcillos,
que ya el nuncio de la paz
sale, desterrando sustos,
las campiñas á alegrar,

Marq. ¿A dónde vais descarriadas
zagalas con este tiempo?

Pepa. ¿Descarriadas? toma, acaso
somos ovejas para eso?
Marq. ¿Pues qué sois corderas?
Pepa. Oyes,
¿si será algun lobo hambriento
este, que á devorar viene
las reses de nuestro Pueblo?
Mar. Bien puede ser, que no todos
los lobos que hay van en pelo,
que muchos gastan vestido.
Pepa. ¿Y esos son mansos ó fieros?
Mar. Mas fieros son que los otros.
Pep. ¿Sí? pues yo pondré remedio:
Luis, Simon::
Marq. ¿A quién llamas?
Pep. Por si sois lobo á los perros.
Marq. Que arisca eres. (*acercándose.*)
Mar. Arre allá. (*apartándose.*)
Marq. Acercate.
Pepa. Cepos quedos.
Marq. Yo las haré acercar; vaya,
este duro que os enseño

es de la que de mi mano
llegue á cogerle primero.

Saca un duro y se le enseña.

Las dos. Yo, Yo.

Corren las dos á un tiempo.

Pepa. Suéltale Marica.

Mar. Yo le cogí, y no le suelto.

Pepa. Mira: : :

Marq. Vaya no riñais,
que daros otro yo ofrezco;
tomadle. (*las da otro.*)

Pepa. ¿Dime, en tu vida
has visto Señor mas bueno?

Mar. Es tan bueno como el Conde
que de Dios goce.

Marq. Y su yerno,
¿qué tal es? ¿qué tal se porta?

Mar. Todo al revés de su suegro.

Pepa. Quando estuvo en el Lugar
dicen que hizo mil excesos.

Marq. ¿Qué no lo visteis?

Mar. Entónces

estabamos de aquí léxos.
Marq. ¿Dónde pues?
Pepa. En Guadalupe
á una promesa.
Marq. Me alegro:
¿con que el Conde os ha dexado
un heredero perverso?
Pepa. Quando estuvo aquí marrazas
todas las mozas del Pueblo
matriculó.
Mar. ¡Qué mentira!
Mire usted lo que hizo fiero,
en un libro de mimorias
sentar todo el mugeriego.
Marq. ¿Y sabes tú por qué lo hizo?
Pepa. No fué para nada bueno.
Marq. ¿Qué mas hizo?
Mar. Con Cecilia
dicen que tuvo un enredo.
Pepa. No fué enredo, picotera.
Mar. ¿Pues qué fué, Pepa?
Pepa. Un suceso,

y de resultas hirió
á Lucas, que esté en el Cielo.

Marq. ¡O, qué rubor siente el alma
al oir estos recuerdos! (*aparte.*)

Mar. En fin, desde que murió
el Conde, todos nos vemos
llenos de necesidad,
y de vituperios llenos.

Pepa. ¿Qué hemos de tener, si el amo
no tiene pizca de seso?
Sobre que es un loco.

Mar. Sobre
que no tiene un pensamiento
de humanidad.

Marq. El retrato (*aparte.*)
que hacen de mí es estupendo;
algo hay de lo que el Alcalde
me ha escrito, pero no debo
partir de ligero, es fuerza,
primero de darle asenso
de lo que pasa, informarme
de un fidedigno sugeto,

que en los Pueblos por intrigas,
envidias ó parentescos,
se hace el exceso virtud,
y la virtud se hace exceso.

Pepa. Señor, ¿qué le ha dado á usted,
que así se ha quedado lelo?

Marq. Nada: en efecto, vuestro amo
es muy malo.

Mar. ¿Segun eso
vos le conoceis?

Marq. Y mucho.

Pepa. No le digais nada de esto.

Mar. ¿Lo callaréis?

Marq. Id con Dios.

Pepa. Si el Señor de nuestro Pueblo
fuera como vos::

Dentro voces. Muchichas
vamos al Lugar.

Mar. Si luego
quereis vernos, en la Plaza
las dos os esperarémos. (*vanse*.)

Marq. Está bien.

Sale Don Juan.

D. Juan. Vamos, Señor.

Marq. Vamos, y al mozo primero
que encuentres en el Lugar
pregúntale con secreto
en dónde vive Cecilia,
que necesito saberlo.

D. Juan. Advierta Ucencia::

Marq. Don Juan,
obedece mis preceptos,
y calla.

D. Juan. Hay preceptos tales::

Marq. Bien puedes obedecerlos:
preciso es el disimulo
para averiguar el hecho. (*vase.*)

D. Juan. No quisiera que este viage
tuviera efectos funestos. (*vase.*)

Salen en lo alto del Castañar todos.

Mozos. A comer, á comer, chicas.

Mozas. Vamos allá, repitiendo:

Coro. Del trabajo, &c.

Sala de Ayuntamiento: aparece Celedonio, Bartolo, Faustino, Bonifacio y Alguaciles.

Celed. Acolitos de la Villa.
del Lugar Catecuménos,
á responder al Marqués
sentemonos sin rodeos.

Se sientan todos ménos Celedonio.

Los tres. Ya estamos sentados todos.

Celed. Muy bien ; ¿pero del Concejo
quién es la cabeza?

Los tres. Vos.

Celed. Pues levantaos mostrencos, (*se levantan.*)
y no os senteis otra vez
sin que me siente primero:

Se sienta Celedonio, y despues los demas.

Bonifacio, de Emanuense
me sirve tú : ve escribiendo.

Bart. Antes de eso es necesario
acordar, qué tratamiento
se le ha de dar.

Faust. Desele

Eminencia.

Celed. No lo apruebo.

Bart. Désele merced.

Celed. Es mucho.

Bonif. ¿Qué se le ha de dar?

Celed. Silencio:

Reverendo Padre en Christo:
Yo Celedonio Camueso,
por la gracia de Dios::

Bonif. Dios::

Celed. Alcalde del Pueblo::

Bonif. Pueblo::

Celed. Con toda solemnidad,
solemnemente contexto,
que recibí la solemne
carta, que por el correo
vuestra caridad escribe
con solemnísimo afecto,
á cuyo fin::

Sale Patricio.

Patric. Celedonio,
Celedonio.

Celed. ¿Qué tenemos?

Patric. Oye. (*le lleva aparte.*)

Celed. ¿Qué tenemos?

Patric. Nada,
porque decirlo no puedo;
pero ven conmigo.

Celed. ¿Dónde?

Patric. Fuera del Pueblo.

Celed. ¿A qué efecto?
¿quién me llama?

Patric. No lo sé,
porque me encargó el secreto
la Marquesa.

Celed. ¿La Marquesa?
¿luego ha venido?

Patric. No puedo
decirlo.

Celed. ¿Ha venido, ó no?

Patric. No ha venido.

Celed. Bueno es eso,
¿pues cómo la has visto?

Patric. Vamos,

que allá lo verás.

Celed. Prefetos,

á modo de rogativa

salgamos á ver que es eso.

Vanse en dos filas, y Celedonio detrás de todos, y se muda el teatro en Plaza de Lugar, y sale D. Nicasio.

D. Nic. Una vez que no ha tenido

resulta alguna el suceso

del tiro, y que está Cecilia

sin lesion, segun dixéron

los vecinos, voy á ver

si con Don Fernando encuentro,

á fin de pintarle el lance

con coloridos diversos

de los que tuvo, y borrar

con engaño el mal concepto

que formó de mí: evitando

con esto que busque medios

de tomar resolucion

de castigar mis excesos,

que al hombre de bien es facil

el que le engañe el perverso;
y pues él á la Bandera
suele dar de tiempo en tiempo
alguna vuelta, en la Plaza
á esperarle me resuelvo.
El que en el mando se entrega
al despotismo, y ageno
de la equidad, al orgullo
y al interes rinde feudo;
para mantener su infamia,
no hay ardid ni fingimiento
que no invente; no hay delito
que para que esté en silencio
su delito no cometa;
de modo, que del recelo
y la maldad agitado,
se fabrica su tormento
de los gustos que le alagan,
conduciéndose á sí mesmo
al precipicio y oprobrio;
estos los tristes efectos
son del despotismo; y sin

embargo que los preveo
no los evito; que el mando
despótico tiene un cebo
tan dulce, que hace agradables
los amargos venideros;
porque no hay mayor placer
para el hombre que es soberbio,
que someter de otro hombre
la cerviz á sus preceptos:
Pero Soldados y mozas
vienen por lados opuestos
aquí; porque no me vean *(se retira*
retirarme allí resuelvo. *al foro.)*

Salen por la derecha las mozas, y por la izquierda los Soldados.

SEGUIDILLAS VOLERAS.

Soldad. La que quiere al Soldado
logra tres cosas,
mucho honor, mucha fama,
y mucha broma.
Viva el buen gusto
de la que á los Soldados

mira sin susto.

Mozas. Tres cosas logra aquella
que ama al Soldado,
mucho amor, mucha hambre,
y mucho palo.
Viva el buen gusto
de la que á los Soldados
mira con susto.

Pasan por delante de los Soldados sin mirarlos.

Patr. ¿De quando acá con nosotros
gastais aspecto tan serio?

Mar. Desde ahora.

Vuelven á pasar sin hacerles caso.

Patr. Chiquitillas,
si es juego, baste de juego,
y si no es juego, y quereis
sacudiros de mi afleuto,
santas Pascuas, que el amor
como le tomo le dexo.

Pepa. Por dexado. (*vuelven á pasar.*)

Patr. Por dexado,

que si me desprecian ciento,
ciento tengo que me ruegan.

Paca. Y no hay tantas en el Pueblo.

Patr. ¿Pues qué discurris que solo
quiero á las del Lugar? quiero
á quantas hay en España,
y ha de haber; como que tengo
sobre ellas desde chiquito
exclusivo privilegio,
para que ántes de nacer
me hayan de querer.

Paca. ¿Y es cierto
eso? *(rien.)*

Patr. Toma, desde el vientre
me dixo una yo te quiero
Patraña, y para que veas,
que en lo que digo no miento,
voy á nacer, y nacer
y abrazarme fué uno mesmo.

Mozas. Bola, bola.

Sold. 1. ¿Bola? vaya,
y yo lo ví.

Mozas. ¡Qué embusteros!

Patr. El que es embustero, es este que lo vió.

Sold. 1. Vamos á esto:
¿y por qué nos despreciais, muchachas?

Mar. Porque queremos.

Patr. Y porque tendréis á otros.

Pepa. Mucho que sí: á un forastero como unas perlas, que aquí esta tarde vendrá á vernos.

Patr. ¿Y qué, le quereis?

Mar. Y mucho.

Patr. ¿Por qué?

Pepa. Porque da dinero.

Paca. A esta la ha dado un ochavo, y á esta otro.

Patr. Vaya, á verlos.

Mar. y *Pepa*. Mira.

Enseñan los duros que las dió el Marqués.

Patr. ¿Peso duro da?
malo, malo.

Mar. ¿A qué el mal gesto
viene?
Patr. A nada; proseguid
con los forasteros, que ellos,
con los duros que os darán
ablandarán vuestro ceño.
Pep. ¿Pues qué son malos los duros?
Patr. Mas daño hacen que provecho.
Por un duro va á presidio
un ladron por mucho tiempo:
por un duro una criada
de una ama enternece el pecho:
por un duro una muchacha
su libertad da á un encierro,
y por un duro las gentes
se meten en los Infiernos;
con que mira si los duros
son mas malos que no buenos.
Mar. Con todo que son tan malos
yo los duros apetezco.
Pepa. Rabiad; rabiad.
Patr. Ay que tontas,

nosotros rabiar por eso.

Mar. El Señor que me le ha dado
puede ser util al Pueblo,
y vosotros no.

Sold. 1. ¿Por qué?

Pepa. Porque él es un Caballero
conocido del Marqués,
y podrá servir de empeño
para que trate mejor
á los pobres.

Mar. En viniendo
le dirémos quanto pasa.

D. Nic. ¡Qué es lo que oigo! (*aparte.*)

Pepa. Le dirémos
que al bribon de Don Nicasio
haga que le pongan freno.

D. Nic ¡Yo estoy perdido! (*aparte.*)

Paca. Tambien
que le vuelva los mil pesos
á Cecilia, que aun son pocos
para sus merecimientos.

D. Nic. Yo no sé que hacer. (*aparte.*)

Tom. Amigos,
á otra parte con el cuerpo,
que aquí ya habeis acabado.
Patr. ¿Discurres que yo lo siento?
No amiga, que de mugeres
hay tanta copia en el Reyno,
que segun dicen algunos,
á cada hombre tocan ciento,
y á mí doscientas y mas.
Mozas. A Dios tontos.
Patr. Hasta luego.
Sold. 1. ¿Qué dices de esto?
Patr. Que desde
que me desprecian las quiero.
Paca. Mucho tarda el Señor, Pepa.
Mar. Vamos ácia el Cementerio
á ver si viene.
Pepa. Bien dices.
Patr. ¿No cantais, chicas?
Mozas. Cantemos.
Todos. Viva el buen gusto
de la que á los Soldados

mira con susto. (*vanse.*)

Sale Don Nicasio.

D. Nic. Yo no sé lo que colija,
¡ay de mí! del forastero
conocido del Marqués,
que me da tantos recelos;
de todos modos, pues estas
le van á hacer manifiestos
mis delitos, es preciso
precaverme, y buscar medios
de confundirlos del todo,
no sea que este sugeto
sea algun comisionado
suyo; ¿dime qué hacer debo,
iniquidad, en tal caso?
sugiéreme algun consejo,
maldad; dadme vuestro auxîlio
para apoyar mis intentos.
Pero ya me lo proponen:
lo primero que hacer debo
es acallar á Cecilia
y á los pobres con dinero,

y si acaso se averigua
el atraso, con pretexto
del de la cobranza, el cargo
que se me haga satisfecho
dexaré; esto se supone
siendo mis recelos ciertos,
que de no, otra vez la Aldea
sufrirá mi vilipendio,
hasta que con gruesas sumas
pueda escaparme á otro Reyno.
Fortuna, pues del audaz
apadrinas los intentos,
apadrina los que ahora
premeditan mis deseos. *(vase.)*

Múdase el teatro en la mutacion primera del primer acto: sale Luis enseñando la casa de Cecilia á D. Juan.

Luis. Esa casa de la Parra
que veis á la mano izquierda
es la de Cecilia.

D. Juan. Toma,
y con el secreto cuenta: *(vase Luis.)*

voy á avisar esto al amo
para que al momento venga. (*vase.*)

Sale Cecilia de su casa con almohadilla.

Cec. Hoy pensaba no comer,
y tuve explendida mesa:
alaba pues, alma mia,
de la innata providencia
del Criador la providad
con que desde la alta esfera
de su Solio distribuye
á los séres de la tierra
su magnificencia grande,
cuidando de la exîstencia
de todos, sin olvidar
la criatura mas pequeña.
¡O Ser todo poderoso!
¿qué te obliga á esta clemencia?
¿qué te obliga á esta piedad?
solo tú bondad inmensa.
Hombres, pajarillos, peces,
insectos, brutos y fieras,
á vuestro modo á porfia

glorificad su grandeza.
Pero á hacer labor un rato
sentarme quiero á la puerta,
que el ocio jamas produce
en las gentes cosa buena. (*sientase.*)

Sale Don Fernando.

D. Fern. Virtuosa Cecilia, ¿qué haces?
Cec. Con eso usted me avergüenza.
¿Virtuosa yo?
D. Fern. Sí, Cecilia.
Cec. Para llegar á perfecta
me falta mucho.
D. Fern. Eso mismo
de tu virtud da mas prueba,
que el hipócrita se alaba,
y el virtuoso se desprecia:
¿has comido?
Cec. Sí, á Dios gracias.
D. Fern. ¡Valgame Dios! que quisieras,
sabiendo mi corazon,
verte de miseria llena
por no hablar.

Se dexa ver el Marqués y Don Juan embozados en el foro.

D. Juan. Señor, su casa
es la que ve Vuecelencia.

Marq. Espera, que ahora está hablando
con un Oficial.

Cec. Suspensa
vuestra generosidad
me tiene.

D. Fern. Tú me avergüenzas,
debo hacer por tí lo que hago,
las circunstancias que median
en el asunto, no ignoras
que á ampararte me interesan,
tanto como tu marido.

Marq. ¡Qué oygo!

D. Fern. En esta inteligencia
nada quiero que te falte,
los regalos que apetezcas
tendrás con la prontitud
qué mereces, y está cierta,
que quanto yo tengo es tuyo.

Cec. ¿Con qué os pagaré esta deuda?

Marq. Cecilia, no hay que dudar,
abandonó la entereza:
al fin muger. (*aparte.*)

D. Fern. Déxate
de gracias y de quimeras,
que esto y mucho mas merecen
tus recomendables prendas.

Marq. Cecilia está pervertida (*aparte.*)
de este hombre, ¿quién lo creyera?

D. Fern. Vaya, ¿y del susto del tiro
recuperada te encuentras?

Cec. No he tenido novedad.

D. Fern. Y sobre el caso, qué piensas
que hagamos.

Cec. Lo que ántes dixe.

D. Fern. Yo pienso de otra manera:
pienso vengarme de él::

Cec. ¿Cómo?

D. Fern. Sin que lo sienta la tierra,
determino::

Sale Patraña.

Patr. Mi Tiniente,
venga usted á la Bandera,
que se ha ofrecido una duda
sobre un Recluta, y es fuerza
que la defina.

D. Fern. Alla voy.

Patr. Por Dios que no se detenga
con Cecilia en chicoleos.
que harto tiempo á usted le queda
despues.

D. Fern. Guárdese otra vez
de vulnerar su belleza,
que ya van dos, y quizá
no sufriré la tercera:
vamos.

Patr. Si esto es una chanza.

D. Fern. Pues yo gusto de las veras:
vaya usted delante. A Dios
Cecilia.

Patr. Sermon me espera,
pero por donde entran salen

esta clase de quimeras. (*vase.*)

Cec. No os enfadeis, que Patraña
malicia en eso no lleva.

D. Fern. Ni de veras, ni de burlas
quiero que nadie te ofenda,
que el sol de tus perfecciones
es sol de luces tan bellas,
que no se le han de atrever
de la iniquidad las nieblas. (*vase.*)

Marq. ¡Bueno anda mi Lugar, bueno!
cómo estará quando aquellas
personas en quien tenia
mas satisfaccion se encuentran
corrompidas del exceso:
aquí es menester cautela.

Cec. Sufrir á los semejantes
los defectos es grandeza,
que ensalza los corazones
á la mas sublime esfera,
que es la bondad el carácter
mas noble de una alma honesta;
pero quiero entrar á ver

si ha hecho todas las haciendas
de la casa la muchacha.

Salen el Marqués y Don Juan embozados.

Marq. Oye.
Cec. ¿Qué quereis?
Marq. Espera.
Cec. Yo no hablo con quien el rostro
oculta.
Marq. Mi rostro muestra
tu corazon, que embozado
con la capa de modestia
tiene el delito, y yo no:
conóceme. *(se desembozan.)*
Cec. ¡Yo estoy muerta! *(se queda*
vos:: el Marqués:: *sorprendida*
Marq. Sí, el Marqués. *é inmovil.)*
Cec. Dadme, mi Dios, fortaleza.
¿A qué venis? ¿recayéron
vuestras amantes dolencias
otra vez? ¿queréis hacer
mi situacion mas funesta

de lo que es? dexadme en paz:
dexadme en mis penas quieta.
¿Qué os ha hecho esta infeliz
muger para ser de vuestras
persecuciones el blanco?
Señor, de vuestras promesas
acordaos, y acordaos
que sois Christiano, y que reyna
en vuestro pecho el honor,
que vuestra ilustre ascendencia
tan solo inspira justicia,
moderacion y modestia;
no querais seguir los pasos
del opulento, que anhela,
sin merecer su conducta
esta noble preeminencia,
sobrevivir á su muerte
en los jaspes de una Iglesia;
considerad que los hombres
sobre los hombres se elevan
con las acciones, que solo
al pagar la comun deuda

es grande aquel que fué grande
en virtud, que las grandezas
por el bien que hiciéron solo
se juzgan, que solo reyna
y sobrevive despues
de su muerte, el que se emplea
en proteger la equidad,
la virtud y la inocencia.

Salen por la izquierda la Marquesa y Celedonio.

Celed. Vedle,

Marq. Pues estan de espaldas
les ganaremos la puerta.

Entranse en la casa con disimulo.

Marq. Toda esa Filosofía
guardarla mejor pudieras
con el Oficial.

Cec. Señor,
si entre los ricos hubiera
menos presuncion, y mas
sensibilidad, no fueran
tan raros los hombres justos

en el mundo.

Marq. No pretendas
disculpar con gazmoñadas
tu conducta; las ofertas
del Oficial acriminan
tu desórden: ¿que te altera?
todo lo oí. Yo pensaba
saber de tí con certeza
el trastorno del Lugar,
y hallo que tú le fomentas
tambien. ¡Ah, de que te sirve
aparentar inocencia,
si tienes el corazon
criminal!

Cec. Vuestras sospechas
son infundadas, Señor,
y si vuestro amor pretexta
esas calumnias, por ver
si se ablanda mi entereza,
sabed que inflexîble soy
al amor y á la violencia;
pero yo espero de vos

que desistiréis de un tema
impropio de la bondad
de un Señor de vuestras prendas.

Marq. Advierte, Cecilia::

Cec. En vano
viene á ser toda advertencia,
que por no oiros mi honor
va huyendo de esta manera.

Se entra corriendo en la casa.

Marq. Don Juan sígueme, que quiero
disuadirla de su idea.
Cecilia, Cecilia, escucha,

Salen la Marquesa, Cecilia y Celedonio.

Marquesa. ¿Qué me manda Vuecelencia?

Marq. ¡Mi muger!

D. Juan. ¡Mi ama!

Los dos. ¡Qué es esto!

Marquesa. ¿Qué es lo que á Cecilia ordena
Vuecelencia? digalo,
que complacerle desea.
Pérfido esposo, villano,
¿á qué vienes á la Aldea?

¿viienes como me dixiste
á aquietar las turbulencias
de ella, ó á aumentar las de
Cecilia? soy mas experta
en conocerte, y no en vano
vengo siguiendo tus huellas,
que tu genio alegre nunca
asegurada me dexa
de tu conducta: Marqués
vuelve en tí mismo, y recuerda
á tu corazon protervo
los agravios y violencias
que cometiste en el Pueblo:
recuérdale la vergüenza
y el sonrojo que sufrió
quando te excedió en grandeza
Cecilia, con el perdon
que dió á tu iniqua violencia:
recuérdale ademas de eso
las repetidas promesas
que hiciste á Dios, á mi padre
y á mí en punto de tu enmienda:

y si nada de esto basta,
á tu corazon recuerda,
que del vínculo sagrado
que formó nuestra terneza,
tuvimos en una hija
la debida recompensa;
pues figúrate que esta hija
que tanto estimas y aprecias,
te pide te reconozcas
con la voz de la inocencia;
y si acaso no enternece
esta hija tu dureza,
enternézcate una madre
que entre desdichas se anega.

Marq. ¿Ves lo que me has dicho? pues
no me hace ninguna fuerza.

Cec. Ya habréis, Señora, advertido
mi conducta en mi respuesta.

Marques. Pobre de tí si al Marqués
de otro modo respondieras.

Marq. Cecilia, vete á tu casa,
vete al Palacio, Marquesa,

y advertid, que el corazon
del hombre no se penetra
tan facilmente, y que engañan
á veces las apariencias.

Cec. Quedad con Dios. Dios piadoso,
no abandoneis mi inocencia,
y en medio de tantos riesgos
no permitais que perezca. (*vase.*)

Marques. Vamos, D. Juan. ¡Quánto aflige
de los zelos la dolencia! (*vase.*)

Marq. Con este extraño incidente
se han frustrado las ideas
que tenia de indagar
quanto pasa con cautela.

Celed. El se va quedando atras,
le llamaré por si intenta
volver á ver á Cecilia,
que su venida no es buena.
¿No venís, Señor?

Marq. Sí, vamos,
y andando me daréis cuenta
de lo que en el Pueblo pasa.

Celed. Sin mentira, que mi lengua
no lo acostumbra.

Marq. Muy bien.

Se retiran al foro, y se pasean por él, haciendo que hablan, y sale Don Nicasio.

D. Nic. Ea astucia, mucho aprieta
el lance; y así al remedio,
que en todo el Pueblo se suena
que han de venir los Marqueses,
y pues Cecilia es tan buena,
voy á pedirla perdon,
y á darla dinero á cuenta
de los mil pesos, á fin
de que calle mi vileza.

Va á entrar en casa de Cecilia, y sale Don Fernando.

D. Fern. ¿A dónde bárbaro vais?
¿vais á repetir la scena
de esta mañana?

D. Nic. Ay amigo,
tengo ideas muy diversas;

voy á dar satisfaccion
á Cecilia de mis necias
debilidades.

D. Fern. Entiendo
vuestras máxîmas perversas:
como el Marqués ha venido
quereis á fuerza de tretas
encubrir vuestras maldades;
pero yo haré que lo sepa;
á buscar corro al Marqués.

El Marqués baxa de pronto, y los dos se sorprenden.

Marq. ¿Para qué?

D. Nic. ¡Fiera sorpresa!
Señor::

Marq. Callad: ¿para qué
á buscarme usted se apresta?

D. Fern. ¿Es Vuecelencia el Marqués?

Con resolucion.

Marq. El mismo soy.

D. Fern. Pues atienda
de un hombre ingenuo y de bien,

contra este vil una quexa:
una quexa, que si acaso
vuestro poder no remedia,
sabré acudir hasta el trono
para hacerla manifiesta;
dexo aparte el despotismo
con que la Aldea maneja,
porque si lo hace con órden
cumple con quien se lo ordena,
y paso á que esta mañana
tuvo la osadía fiera
de pretender vulnerar
con persuasiones violentas
al mismo honor, á la misma
honestidad y modestia,
al mismo candor, y en fin,
si acaso por estas prendas
no la conoce, á Cecilia,
el sol que alumbra esta tierra
con sus virtudes: ninguna
razon hay que esto consienta,
ni discurro que en vos halle

apoyo ni indiferencia:
me diréis, y diréis bien,
qué conexîon ó que deuda
me obliga con tal teson
á defender su inocencia,
y yo os diré que tan solo
la del honor que en mi reyna
como Soldado y Christiano,
que es conexîon mas estrecha
que la de la sangre: juzgo
que harto os digo, porque pueda
vuestra justicia dexar
castigada su violencia.

Marq. ¿A esto vos que respondeis?

D. Nic. Que es calumnia manifiesta:
pues no tengo otro remedio
la mentira me proteja. (*aparte.*)
Y pues él ha descubierto
lo que callaba mi lengua,
sepa Ucencia que él cultiva
de Cecilia las ternezas,
y por cubrirse me achaca

su delito sin conciencia,
y habiendo ido á su casa
á amonestar su flaqueza,
un pistoletazo fiero
me han tirado en recompensa.

D. Fern. Impostor abominable,
ataja tu infame lengua, *(echando mano á la espada.)*
si no quieres: :

Marq. Deteneos:
¿y vos qué sabeís sobre estas
disputas?

Celed. Que en Don Fernando
y en Cecilia las sospechas
del tiro recaen, pues
dixéron que el tiro era
efecto de una pistola
que se disparó ella mesma
en las manos de Cecilia;
pero no obstante esta prueba,
Cecilia es buena, y sobre eso
reñiré con qualesquiera.

Marq. No es tanto como parece.

D. Nic. ¿Veis probada mi inocencia?

D. Fern. Calla, pérfido, que yo
haré ver tus infidencias,
que la verdad siempre triunfa
aunque perseguida sea.

Marq. Eso es menester; de no
yo tomaré providencia.

D. Nic. Ya ve Ucencia::

Marq. Está muy bien.
¡O, qué babél de tinieblas (*aparte.*)
hallo! cada vez mas dudas
á mi vista se presentan:
¿qué debo hacer? apelar
al ardid y á la prudencia.
Vamos, Celedonio.

Celed. Vamos.

D. Nic. Impostura::

Marq. Sutileza::

D. Fern. Verdad::

Los tres. En tal situacion
patrocina mis ideas. (*vanse.*)

Marq. ¡Válgame Dios, qué penoso

cargo tiene el que gobierna,
si la equidad y la paz
por norte en el mando lleva!
Si de un corto Pueblo ¡ay Dios!
lo que pasa con certeza
no puedo indagar; los Reyes
que sobre tantos imperan,
qué trabajos no tendrán
porque les llegue á la oreja
la verdad desnuda: casi
es imposible que puedan
saberla; pero si pueden,
atendiendo á que se emplea
la ciencia de Dios en darles
para gobernarlos ciencia.
Pues dádmela á mí tambien,
Omnipotencia suprema,
para que del laberinto
en que mi pecho se encuentra,
á pesar de tantas dudas
mis intentos salir puedan.

ACTO TERCERO.

Plaza de Lugar: salen Don Nicasio, Marica, Pepa, Paca, Tomasa, Blas, Luís, y demas mozos y mozas contando dinero que les reparte Don Nicasio, y muy contentos.

D. Nic. ¿Estais contentos? ya veis
como al punto que ha llegado
el Marqués, he conseguido
que vuelva otra vez á daros
aun mas que os daba, y con todo
hablaréis de Don Nicasio
mal.

Mar. Bien sabe Dios, que yo
siempre os tuve por un Santo.

Pepa. Mire usted, ¡si viera Usia
quántos juicios temerarios
ha hecho esta de su merced!

Mar. La que los hizo tamaños
fuiste tú.
Pepa. ¿Yo?
Mar. Sí, tú, tú.
Paca. Delante de los Soldados
trató á usted de picaron.
Pepa. ¿Yo de picaron? ¡qué engaño!
de bribon sí; pero no es
como picaron tan malo.
Luis. Para juzgar de los hombres
es menester fondearlos
mucho, Pepa.
Pepa. Ya lo veo,
y así por Dios perdonadnos
si en algo estais ofendido. (*aparte.*
D. Nic. En quanto á estos ya estoy salvo.
Es mi carácter tan bueno,
que castigo los agravios
con beneficios, y así
no hablemos de lo pasado.
Todos. Viva Don Nicasio.
D. Nic. A Dios.

A Cecilia será en vano (*aparte.*)
volver á ver; ademas
que por mantener el grado
de su hipócrita virtud,
que no ha de acusarme es claro:
¿vosotros á qué aguardais? (mos

Paca y *Tom.* Muchichos, muchichos, va-
á dar gracias al Marqués.

Mar. Vamos, que yo estoy deseando
conocerle.

Pep. Y yo tambien.

D. Nic. Preciso será estorvarlo: (*aparte.*)
no deis gracias al Marqués
por esto que me ha mandado
daros, porque todavía
conserva muchos resabios
malos en quanto á mugeres,
y valido del sagrado
de su casa, puede hacer
un exceso con las quatro.

Mar. ¿Con las quatro?

Luis. Y con quarenta,

que en querer nunca fué escaso.

D. Nic. Dice el mozo bien, y á Dios.
Al Alcalde es necesario (*aparte.*)
sobornar ahora; bien que él
es hombre justificado
y será dificil; pero
si no consigo engañarlo,
por calumnia mas ó menos
un corazon temerario
como el mio, no desiste
de los proyectos mas arduos. (*vase.*)

Mar. Vamos, chicas.

Mozos. ¿Dónde vais?

Mar. ¿Dónde vamos? á Palacio,
á ver si el Marqués requiebra
como requiebran los Payos.

Paca. El requiebra de otro modo.

Mar. Pues yo quiero averiguarlo

Pepa. Y yo tambien.

Tom. Y yo y todo.

Pepa. ¿Cómo es su amor? ¿es amargo
ó dulce?

Paca. Como una miel.
Pepa. De oirlo ya me relamo.
Luis. ¿Y si os pesa luego?
Mar. Vaya,
que eres Luis muy mentecato:
¿qué muger has visto tú
que haga á que la quieran ascos?
Pepa. Vamos, vamos, y unas frutas
le llevarémos de paso,
Paca y *Mar.* Y por si rabiais, con este
cantar podeis consolaros.
Pepa y *Mar.* Si al Marqués os escuece
que á verle vamos,
llamad para consuelo
luego á cachano.
Pobrecillos,
del Marqués
veréis pues,
que nos honran los brillos;
pobrecillos,
pobrecillos. (*vanse las mozas.*)

Se quedan los Payos cruzados de brazos, suspensos, y sale Bartolo persuadiendo á Celedonio, y detras los Alguaciles.

Bart. Mirad que eso es sinrazon.

Celed. Se ha de hacer lo que yo mando:
exîgid del Cortador (*á los Alguaciles.*)
al instante dos ducados.

Bart. ¿Qué pecado ha cometido?

Celed. Uno que es peor que malo:
¿os parece poco haberme
sin hueso la carne dado?

Bart. Es estilo á los Alcaldes
dársela así.

Celed. Entre Africanos
no se haria eso.

Bart. El Alcalde
debe ser previlegiado
en todo.

Celed. En estas materias
no es mas que otro Ciudadano:
bueno será que por darme

á mí el lomo descargado,
envoque ahora un zancarron
á un pobrete; no lo paso:
multa me fecit, y el pleyto
queda con esto acabado.

Vanse los Alguaciles.

Bart. Sois un Don Pedro el cruel.
Celed. Mas justiciero me llamo:
¿pero qué es esto que estan
los mancebos cabizbajos?
Bart. Preguntemoslo.
Celed. Bien dices:
¿qué es lo que teneis muchachos?
Mozos. ¡Ay! (*suspiran.*)
Celed. ¿Qué es lo que hay? sépase.
Mozos. ¡Ay! (*lo mismo.*)
Celed. ¿Pero qué hay?
Luis. Escuchadlo:
Quando en los gallineros
anda el Milano,
bien pueden las gallinas
guardar los Payos.

Monterilla, (*jugando con*
el Marqués, *la montera.*)
dime pues,
qué nos traerá á la Villa:
monterilla,
monterilla. (*vanse.*)

Celed. Haced tocar á Concejo,
Bartolo.

Bart. Allá voy volando. (*vase.*)

Celed. ¡Quesiempre este Marqués venga
á trastornarme los cascos!

Sale Faustino con un mozo que trae un pellejo de vino, un pernil y una cesta con fruta.

Celed. ¿Oyes, qué viene á ser eso?

Faust. Un estupendo regalo
que Don Nicasio os envia.

Celed. ¿Por qué razon?

Faust. No la alcanzo:
á los demas del Concejo
ha regalado otro tanto.

Celed. ¿Y lo habeis tomado?

Faust. Todos,
que estos son gages del cargo.
Celed. Son gages de los Infiernos,
Regidores Judas.
Faust. Vamos,
Alcalde::
Celed. Si, que sois Judas,
pues venderéis sobornados
la justicia; señor mio,
los que la vara empuñamos
no debemos admitir
en nuestras casas regalos;
que el que regala á los Jueces,
señal que los quiere gratos.
Faust. ¡Quién podrá entenderos!
Celed. Bruto,
aunque no me explico claro,
qui potes capére capit.
Vale un Perú el latinajo.
Faust. Ved que en no tomar aquesto
desairais á Don Nicasio.
Celed. Qué importa, si de la vara

ayroso conservo el brazo.

Faust. ¿Y qué he de hacer de esto?

Celed. ¿Qué?

volverselo, ó arrojarlo.

Vase el mozo, y dentro tocan á Concejo.

Faust. Pues llevaseló: ¿á qué tocan?

Celed. A Concejo, mentecato.

Faust. ¿A Concejo?

Celed. Si señor.

Faust. ¿Qué hay que tratar?

Celed. De unos autos

que formar quiero á unos miembros

de Justicia sobornados.

Salen por distintos lados Bartolo, Bonifacio, Patricio y Alguaciles.

Patric. ¿Van á repartir los Propios

entre todos que han sobrado?

Bart. Ya lo veréis.

Bonif. Celedonio,

¿á qué somos hoy llamados?

Celed. A Concejo.

Bart. Pues al punto

al Ayuntamiento vamos.

Celed. ¿Para qué? ¿los Numantinos
de las Indias, y otros varios
Pueblos de Roma de Francia,
sus Concejos baxo un árbol
no tenian?

Los quatro. Así dicen.

Celed. Pues nosotros baxo el ramo
de la taberna podemos
tenerle, que es del estado
general de nuestra Villa
el árbol mas señalado.

Los quat. Ha sido un gran pensamiento.

Bart. Muchachos, sacad los bancos.

Sacan los bancos los Alguaciles.

Faust. Antes de eso será bueno,
que echemos los cinco un trago.

Celed. Dices bien, que así el discurso
se pondrá mucho mas claro.

Sacan vino en un jarro grande, y á cada uno le dan en su taza.

Ea, ilustres Senadores,

todos á la par bebamos.

Escupe Celedonio, y *despues todos.*

Constantinopolitana
Junta de varones sabios,
silencio.

Todos. Silencio.

Celed. Todos
sabeis que ha venido el Amo,
y que sobre nuestra carta
tendrá Consejo de Estado: :

Bonif. ¿A cómo has vendido el trigo?

Patric. A sesenta.

Bonif. Yo mas caro.

Celed. Que hablo yo : por cuya causa
en concláve es necesario: :

Faust. ¿Con qué parió tu borrica?

Bart. Un buche mayor que un asno.

Celed. Que hablo yo, otra vez repito:
tratar aquí los descargos
que se le han de dar en punto
del perverso Don Nicasio.

Patric. Yo no tengo que decir:

Bart. A mí ya se me ha olvidado.
Faust. Mejor será echarlo tierra,
y lo pasado, pasado.
Celed. Voy, una vez que sois Judas,
treinta dineros á daros.
Los quatro. ¿Nosotros Judas?
Celed. Vosotros:
mas yo á todo daré vado;
y así, dexando esto aparte,
es preciso Archipampános,
que pensemos de qué modo
hemos de ir á ver los Amos,
y qué obsequios ha de hacerles
el Lugar con poco gasto.
Bart. Darles una cencerrada.
Faust. Si no, correrles un gallo.
Celed. Está muy bien: y tocante
al resguardo del ganado
mugeriego, porque exênto
esté del amor del amo.
¿qué resolveis?
Bonif. Que se pongan

al lado de ellas armados
los maridos.

Celed. Eso es poco.

Faust. Pegarle fuego al Palacio.

Celed. Eso es mucho.

Los quatro. ¿Pues qué harémos?

Celed. Tener prudencia y cuidado,
y en el caso que el apriete,
el Rey oye á sus vasallos:
á ver al Marqués Diacónos
en ringla los cinco vamos. *(vanse.)*

Múdase el teatro en zaguan de la casa de Cecilia: salen Don Fernando, el Cabo Patraña, y un Mozo.

D. Fern. Patraña, sin dilacion
saque usted luego mis trastos,
y llévelos con el mozo
á la casa que he mandado.

Patr. No fuera usted Oficial
si no fuera usted voltario.

Entra por la puerta de en medio.

D. Fern. Aunque lo sienta Cecilia,

por mi honor, por su recato,
y el mundo, su compañía
dexar hoy es necesario.
¿Pero qué dirá al mirar
que al mejor tiempo la falto?
la descubriré: : no es justo
aumentar mas su quebranto,
bástenle á su corazon
los muchos que está pasando.
¡Que no has de poder, malicia,
tener por decente trato
el de dos honestos pechos,
siendo los sexôs contrarios!
¿impracticable á los hombres
es la honestidad acaso?
no por cierto, sino que
los ojos de los malvados,
como siempre estan del vicio
las negras sombras mirando,
no aciertan de la virtud
á ver los reflexos claros.
Yo no sé si me despida

de Cecilia, ó si excusarlo
será mejor: me parece
que será mas acertado
no verla, porque al mirar
que de impuro está inculcado
su corazon, es forzoso
que el mio se haga pedazos;
y pues ahora con Jacinta
se encuentra fuera del quarto,
á que saque mi equipage
entro á meter prisa al Cabo.

Entrase por la puerta de en medio, y sale Cecilia.

Cec. ¿Si será pretexto aquello
que tocante á Don Fernando
me dixo el Marqués, ó efecto
de algunos informes falsos?
Pretexto será sin duda
que su amor habrá tomado
para volver con los zelos
á insultar mi pecho casto;
pero Don Fernando tarda

en volver ya demasiado.
¿Si el riesgo en que ahora me miro
se le habrá olvidado acaso?
no, que en mi asistencia siempre
diligente se ha mostrado;
sin embargo, su demora
me llena de sobresaltos.

Patraña ayuda á cargar al mozo un cofre, que sacan entre los dos fuera: el mozo se va, y Patraña se entra por la puerta de en medio.

¡Pero qué veo! ¡Patraña
no está su cofre sacando!
¿qué será esto? si se irán;
mas no quiero preguntarlo,
porque de mi pundonor
sospechar no pueda el Cabo.

Se retira á un lado, y en la puerta del medio aparecen Don Fernando y Patraña.

D. Fern. No tarde usted en sacar
quanto ántes fuera los trastos.

Patr. ¿No es usted Oficial?

D. Fern. Sí.

Patr. Pues no pase usted cuidado,
que los que usted tenga juzgo
que no den mucho embarazo.

Se entra Patraña, y vuelve el mozo.

D. Fern. Pues no parece Cecilia,
con disimulo me marcho.

Cec. ¿Y dónde vais?

D. Fern. ¡Duro encuentro!

Cec. ¿Qué es aquesto, Don Fernando?
¿me dexais?

D. Fern. A responderla (*aparte.*)
casi no aciertan mis labios.

Cec ¿Os vais por ser reprehensible
mi conducta?

D. Fern. El Cielo santo
sabe, que de todas tus virtudes
quisiera ser fiel traslado.

Cec. ¿Pues por qué ahora me faltais?

D. Fern. Yo, Cecilia, no te falto,
sino que ya ha mucho tiempo

que me tienes alojado,
y no es razon que tú sola
sufras siempre el embarazo
de mi alojamiento.

Cec. Pero
mirando mi desamparo,
ofrecisteis no dexarme
nunca ; ¿ os habeis ya cansado
de hacerlo, ó arrepentido
estais de vuestros bizarros
ofrecimientos?

Salen por la puerta del medio Patraña y el mozo, á quien Patraña ayuda á liar un fardo: Don Fernando y Cecilia [illegible] *no los ven.*

D. Fern. Si dueño
fuese yo de todos quantos
tesoros la tierra esconde
en sus lóbregos espacios,
para premiar tu modestia
me parecieran escasos.

Cec. ¿Pues por qué me abandonais?

D. Fern. Porque nací desdichado.

Cec. Y por no mirar por mí.

D. Fern. Pues por mirar por tí lo hago.

Cec. ¿Por mí lo haceis?

D. Fern. Sí, Cecilia.

Cec. No os entiendo.

Acaba Patraña de atar el lio, y llega de pronto á Cecilia.

Patr. ¡Qué pelmazo
es mi Tiniente! Patrona,
si está usted deseando acaso
saber por qué mi Oficial
se muda: :

D. Fern. Vamos callando,
Patraña.

Patr. ¿Qué, piensa usted
que yo soy tan mentecato
que lo diré? (*aparte á D. Fernando.*)

Cec. Proseguid.

Patr. Es porque la gente ha dado: :
¿me entiende usted?

D. Fern. Si no calla: :

Patr. En decir que hay entre entrambos
ciertos dimes ; y por fin,
la cosa ha llegado á tanto,
que han delatado al Marqués
por criminal vuestro trato:
¿Ve usted como no lo he dicho?
aparte á Don Fernando.

D. Fern. Es usted un temerario.

Patr. Carga mozo con el lio,
que el tiempo se va nublando. (*vanse.*)

Cec. ¡Dios mio, solo este golpe
les faltaba á mis cuidados!
¡qué vergüenza! ¡qué dolor!
¡qué es lo que me está pasando!

D. Fern. No te entregues de ese modo,
Cecilia honesta, al quebranto,
que Dios volverá por tí
y por mí.

Cec. ¿Quién fué el osado
que se atrevió á calumniar
vuestros sentimientos castos?

D. Fern. De la sociedad la peste,

el borron de los humanos,
la furia de los abismos,
finalmente, Don Nicasio.

Cec. ¿Y le creen?

D. Fern. La mentira
siempre es creida entre los malos.

Cec. De ese modo, ni un instante
esteis aquí Don Fernando,
que la opinion y el honor
son vidrios tan delicados,
que aunque uno los guarde limpios
los mancha el concepto extraño.

D. Fern. Dexa que ántes á Jacinta
entregue lo necesario.

Cec. Nada he menester, mi casa
dexad sin otros reparos.

D. Fern. A Dios Cecilia, ¡ay de mi!
reprimir no puedo el llanto. (*enternecido.*)

Cec. No lloreis, que si así os vén,
creerán lo que estan dudando.

D. Fern. Bien dices: yo: : sí: : no puedo
formar: :

Cec. A Dios, D. Fernando.

Se apoya en un bastidor.

D. Fern. A Dios: de dexarla llevo
el corazon traspasado.

El á Dios, es con sumo abatimiento; y vase.

Cecilia, despues de mirar si se ha ido Don Fernando, mira al cielo un rato, y dice con una exclamacion de dolor:

Cec. Dadme vuestro socorro,
Padre de desvalidos,
no dexeis que me anegue
en el mar de las penas mi conflicto;
mostradme alguna senda,
abridme algun camino
para que mi decoro
á la vista del mundo quede limpio.
¡O noble Don Fernando!
¿en qué siglo vivimos?
en el siglo en que el mundo
la compasion reputa por delito.

¿De qué os sirve dechado
ser de honestos amigos,
si vuestros sentimientos
los tiene la maldad por corrompidos?
Decidme, Dios piadoso,
¿qué haré en tanto conflicto?
¿defenderé mi honra,
ó la calumnia vil daré al olvido?
Pero una voz oculta
parece que al oido
me dice: de la honra
es mas dueño el Criador,
que el hombre mismo;
y pues que tu deshonra
de escándalo es motivo,
tu virtud manifiesta,
y ataja del escándalo el peligro.
Siendo así, á acrisolarla
mis pasos encamino,
porque el mundo conozca
quán falsos suelen ser sus malos juicios.
¿A quién acudir debo?

¿á quién? al Marqués mismo.
¿Y si acaso me insulta?
la piedad del Señor irá conmigo.
Corazon desmayado
recobra otra vez brios,
y vamos donde puedas
tú mismo volver fino por tí mismo.
Dadme vuestro socorro
Padre de desvalidos,
no dexeis que se anegue *(vase.*
en el mar de las penas mi conflicto.

Salon corto de Palacio : salen la Marquesa y Don Juan.

Marquesa. Don Juan, en vano pretendes
disculpar á mi marido,
Cecilia aquí le conduce,
y yo no he de consentirlo.
D. Juan. ¿Y qué piensa Ucencia hacer?
Marquesa. Manifestar al Ministro
su conducta, á fin que el Rey
le imponga un serio castigo.
D. Juan. No es el medio de enmendar

de un esposo el extravío
ese, Señora: la esposa
que atajar quiera los vicios
de su esposo, ha de indagár
si ella le da algun motivo
para oponer con dulzura
el remedio que es debido:
supongamos, si le enfada
el desaliño, el aliño
adoptar; si la altivez,
mostrarle un genio benigno;
si los zelos, procurar
no caer en su delirio;
y por fin, si el tedio nace
de alguna falta de hechizo
en el rostro, las mugeres
tienen otros atractivos
para robar voluntades
quando las falta lo lindo;
fuera de esto, la experiencia
acredita, que los ricos,
quando sobre amantes yerros

tienen algun extravío,
se enmiendan con el consejo
mejor que con el castigo.

Marquesa. Tienes razon; pero ya
se ha cansado mi cariño,
y así, si el Marqués no muda
de conducta, irá á un Castillo.

Sale el Marqués.

Marq. ¿Porque?

Marquesa. Marqués, yo:: (*sorprendida*)

Marq. Marquesa,
el buen deseo te estimo.
¿Tan malo soy, que pretendes
que un castigo tan iniquo
se me dé?

Marquesa. Marqués ¿qué quieres
que profiera mi cariño,
mirando que otra vez vuelves
á buscar tu precipicio?

Marq. Ya te he dicho que al Lugar
con otro fin he venido,
y tú no le ignoras.

Marquesa. Es
muy sospechoso el motivo
que tu das ; que los amantes
para lograr sus delirios
se valen de los pretextos
mas sagrados : Marqués mio,
¿ cómo quieres que yo crea
que es verdad lo que me has dicho
tocante á enmendar el Pueblo,
si veo que das principio
á ello con la visita
de Cecilia ?
Marq. ¡ Quánto el juicio
yerra ! Para desengaño
de tus zelos , por testigo
tan solo quiero poner
al tiempo , que el tiempo mismo
descubrirá la verdad
que tú dudas , y yo afirmo. (*dentro*
Marquesa. ¿ Qué es esto ? *gritería.*)
D. Juan. Que la Justicia
del Lugar , con sus vecinos,

viene á tributar á Ucencias
los agasajos debidos.

Marq. Condúcelos al Salon,
que allí, despues de admitirlos, (*apart.*)
de los excesos del Pueblo,
informarme solicito.
Vamos.

Marquesa. Aunque disimulo,
entre mis zelos vacilo. (*vanse.*)

Salon de Palacio iluminado, estufa á un lado con lumbre: salen con el Coro Aldeanas, Aldeanos, Celedonio, Bartolo, Faustino, Bonifacio, Patricio, D. Nicasio, el Marqués y la Marquesa: durante el coro D. Nicasio habla aparte con los Regidores.

Coro. Pues hoy han venido
Marquesa y Marqués,
á dar á este Pueblo
consuelo y placer,
vivan mil edades
para nuestro bien.

Los Marqueses se sientan.

Faust. Con los quatro cuente usted.

D. Nic. ¿Vaya, quereis ser mi amigo?

aparte á Celedonio.

Celed. No ha lugar. (*apart. á D. Nicas.*)

D. Nic. Nada me importa
siéndome todos propicios. (*se retira al*

Celed. Llegad con esos regalos, *bastidor.*)
que á fe que son exquisitos.

Marica. En nombre de nuestro nombre: :

Pepa. En señal de nuestro indicio: :

Marica. A vuestro poder : : ¡ qué veo!

Pepa. A vuestras plantas : : ¡ qué miro!

Marica. ¡ Valgame el gallo sin cresta
de la pasion! : :

Marq. Ya colijo (*aparte.*)
de qué su turbacion nace.

Marica. El Señor que hoy hemos visto
en el monte es el Marqués.

Pepa. Marica, buena la hicimos.

Marq. Llegad, y decid qué traeis.

Marica. Señor, ésta bollos ricos : :

Pepa. Para vos ; y esta, bellotas : :

Marica. Para engordar los cochinos.

Marq. ¿Con que tú traes bellotas?

Pepa. Para vos.

Marq. Y tú bollitos,
¿no es esto así?

Marica. Sí Señor,
para engordar los cochinos.

Marq. ¿Cómo, á un Señor que no tiene
ninguna pizca de juicio
ni humanidad, este obsequio
le ofrece vuestro cariño?

Marica. De modo que las bellotas : :

Pepa. Nosotras dos las cogimos : :

Las dos. Para que vos : :

Marq. Basta ya:

Celed. Siga el bayle prevenido.

Marq. Esperad, que de otras cosas
tratar ántes determino.
Ahora verás que tus zelos (*aparte á la*
de la sinrazon son hijos. *Marquesa*.)

Marquesa. Estoy muy escarmentada

de tus afectos fingidos. (*aparte al Marq.* Una vez que convocado *Marqués.*)
parte del Pueblo aquí miro,
quiero que justifiqueis
quanto me teneis escrito
contra Don Nicasio.

Celed. Y lo
justificaré aquí mismo.

D. Nic. Dificil es, pues mi astucia
tiene á todos pervertidos. (*aparte.*)

Marq. Don Nicasio en el Lugar
¿qué excesos ha cometido?

Mozos. Ningunos.

Luis. ¿Quién, Don Nicasio?
no hay Señor mas compasivo
que él; si viera su merced
quanto nos quiere á toditos.

Celed. Pues : :

Marq. Callad: ¿vosotros quatro,
á esto qué decis?

Bart. Decimos
que Administrador mejor

Usia no le ha tenido.

Celed. ¡Quánto mas que la justicia (*apar-*
pesa el soborno en distintos! *te.*)

D. Nicasio. ¡Quántas veces un regalo
hizo virtudes los vicios!

Marq. ¿Me escribisteis esta carta
vos?

Celed. Si señor que os la he escrito

Marq. ¿Y sobre ella qué decis,
pues?

Celed. Lo que Pilatos dixo:
quod scripsít, scripsít.

Marq. Cada vez mas confundido
estoy: !quién me sacará
de este fiero laberinto?

Sale Cecilia con precipitacion, el pelo tendido, y como fuera de si, y se echa á los pies del Marqués: sale con ella Jacinta.

Cec. Justicia, Señor, justicia.

D. Nic. Ya estan todos mis delitos (*apar-*
manifiestos, pues Cecilia *te.*)

á manifestarlos vino.

Marq. Prosigue, Cecilia.

Cec. ¡Ay triste!

mi honor, mi honor:: ¡qué conflicto!

no puedo mas:: mi honor solo

y el de Don Fernando os pido.

Marq. Estatua la ha dexado

el pesar; saca el sucino.

Marquesa. Mejor sera agua, traedla.

D. Nic. Ya que perdido me miro, (*aparte*.)

para vengarme, en el agua

la echaré un veneno activo,

que para otro intento ha tiempo

que tenia prevenido.

Cecilia, pues tú me pierdes

pierdeté tambien conmigo. (*entrase*.)

Marq. La candidez de su rostro

reflexîonada á los visos

de la razon, manifiesta

que es incapaz de delito.

Sale Don Nicasio con una salvilla de plata, y en ella un vaso de agua.

D. Nic. Aquí está el agua; y en ella
mi venganza y su castigo. (*aparte.*)
Cec. ¡Ay Dios! (*alentando.*)
Marquesa. Bebe. (*bebe Cecilia.*)
Marq. ¿Te recobras?
Cec. Algo despues que he bebido.
D. Nic. Una vez que ahora la noche
favorece á mis designios,
voy de la fuga á tomar
el temerario partido.
Corazon desesperado,
si no lograste el cariño
de esta hermosura, lograste
vengarte de sus desvios. (*vase.*)
Marq. ¿Contra quién pides justicia?
Cec. Contra un agravio inaudito,
que á mi corazon imputa
la maldad.
Marq. ¿Quién te ha ofendido?
Cec. No vengo á pedir venganza,

lo que aquí vengo á pediros,
es que en presencia de todos
se justifique el delito,
que á Don Fernando y á mí
se ha imputado : los indicios
en que se funda son estos:
ser Don Fernando conmigo
honesto , ser otro Lucas,
ser mi protector benigno:
si fuese dable , Señor,
que él pudiera descubriros
su corazon , no hallarias
admiracion en vos mismo
bastante para admirar
su bondad : en mi destino
funesto , él me ha consolado;
en mis continuos martirios
ha tomado tanta parte,
que mas suyos , que no mios
parecian ; en mis penas
él ha llorado conmigo;
hoy si no fuera por él

quizá no hubiera comido,
y hoy por mirar por mi honor
me ha dexado sin su auxîlio,
que en un corazon piadoso
es el mayor sacrificio.
¿Estas virtudes el mundo
ha de reputar por vicios?
¡Ah, Señor! reflexîonad
de esta injuria los motivos,
y haced que ante todo el mundo
se declare mi honor limpio;
aquel honor tan sublime
que mi pecho ha preferido
á las mayores fortunas;
aquel honor que vos mismo
ensalzasteis otro tiempo:
Esto solamente os pido
en medio de la indigencia
de que cercada me miro:
no penseis que aquí os la acuerdo,
Señor, por reconveniros
que habeis faltado á la oferta

de los mil pesos, ni pido

Al oir esto el Marqués, con una accion muda, manifiesta su sorpresa.

que me los deis, sino solo
que sepais que en mis peligros,
en Dios y en este Oficial
tan solo he encontrado auxîlio.

Marq. Don Fernando y Don Nicasio
vengan al punto á este sitio. (*vase D. Juan.*)

Jac. De que es virtuosa Cecilia
no faltan aquí testigos:
habla Paca.

Paca. Es tan piadosa,
que hoy ha partido conmigo
un pan que tenia solo.

Celed. Celencia, lo dicho dicho:
bribon Don Nicasio; y esta
de virtudes un prodigio.

Marq. Mi Administrador perverso,
ya veo que es el motivo
de todo; mas á su infamia
yo sabré dar el castigo.

Marquesa. Confieso que el corazon,
Cecilia, me ha enternecido.

Cec. ¿Qué es esto? ¡que pesadez!

Jac. ¿Qué te da?

Cec. Nada:: un baído::
pero ya se pasó.

Sale Don Juan.

Marq. ¿Viene
Don Nicasio?

D. Juan. ¡O Dios! ha huido
en un caballo de Ucencia,
sin que se sepa el motivo.

Sale Don Fernando.

D. Fern. Señor:: ¡Cecilia, estás viva!
con admiracion y sobresalto.

Cec. Viva estoy.

Marqueses. ¿Qué ha sucedido?

D. Fern. ¿De mano de Don Nicasio
has tomado algo?

Cec. He bebido:: (ha dado

D. Fern. ¡Que has hecho! que el vil te
un veneno: ¡al proferirlo

como no muero!

Cec. ¡Dios justo,
asistidme en tal conflicto! (*se arrima*
¡qué ansia! sostenme, Jacinta. *á ella.*)

Marquesa. ¡Quién, al mirar tal delito,
no se llenará de horror!

Marq. Don Juan, corre, y con activo
zelo busca quien la dé
en tal desventura auxîlio:

Vase Don Juan.

¿inhumanidad tan fiera
usted como la ha sabido?

D. Fern. Esta carta os lo dirá,
que Don Nicasio me ha escrito,
y ahora me acaban de dar:
leedla:

Le da al Marqués una carta, y *este hace que la lee.*

Marq. Luego, al camino
de Portugal á atajarle,
Celedonio, dirigios.

D. Fern. Corred, corred, que mi tropa

tambien ha ido á lo mismo.

Celed. Donde quiera que le encuentre
lo tengo de ahorcar de un pino;
bien que como quatro leguas
dista la raya, el iniquo
se podrá poner en salvo
sin poder nadie impedirlo.

Vase con los Regidores y *los Mozos.*

Cec. ¡Que desmayo voy sintiendo!

Marquesa. ¡Quántas bascas y martirios
sentirás!

Cec. Tan solo siento,
que me va entrando un deliquio,

Marq. ¿Quién sino un desesperado
esta carta hubiera escrito?

Marquesa. ¿Pero que dice?

Marq. Oyeló.
„Pues mi fuga, mis delitos (*Lee.*)
„manifestará, discurro
„no tendréis por desvario
„que os los manifieste yo:
„ahora mismo me encamino

,, fugitivo á Portugal,
,, en donde , si teneis brios,
,, y quereis vengar la muerte
,, que con un veneno activo
,, dí á Cecilia , porque ingrata
,, por vos se mostró conmigo,
,, y porque iba á delatar
,, al Marqués mis desvarios,
,, os espero para daros
,, á vos la muerte así mismo,
,, que si aquí ahora no lo hago
,, es porque el tiempo es preciso.
,, Don Nicasio." En todo tiempo
puede este papel servirnos.
D. Fern. Dadmelé , para tener
presente siempre el motivo
de la venganza. Cecilia,
aunque su maldad asilo
busque en Portugal , aunque
se guarezca en los abismos,
ó en los profundos espacios
de la tierra esté escondido,

el recto Juez, su perfidia
no dexará sin castigo,
y yo con este instrumento
pedirselé solicito.

Cec. Yo tambien, y de qué modo
ha de ser, voy á deciros:

Se levanta demostrando debilidad, y va ácia Don Fernando.

dadme el papel.

D. Fern. Tomalé.

Marq. ¿Cómo te vengarás? dilo.

Cec. Perdonando, y á las llamas
entregando este testigo.

Arroja en la estufa el papel.

Marq. ¿Qué has hecho?

El Marqués quiere impedirlo, pero llega tarde.

Cec. Lo que debia.

Marquesa. Eso es frustrar los designios
del Marqués.

Cec. Esto es cumplir
con los preceptos divinos:

pero ¡ay Dios! que entorpeciendo
ya se me van los sentidos.
A Dios, Don Fernando, á Dios
Señora: : Criador mio,
perdonad á Don Nicasio;
esto por último os pido.

Se echa á los brazos de Jacinta

Marq. Retiradla, que de verla
tengo el pecho compungido.

La Marquesa, Aldeanas y Jacinta retiran á Cecilia.

D. Fern. Ojalá que yo pudiera,
Cecilia, morir contigo;
pero ya que no es posible
poder tener este alivio,
al Lusitano Emisferio
presuroso me dirijo
á dar mil muertes, si puedo,
al alevoso asesino.

Al irse á entrar Don Fernando sale Patraña con botas, y muy cansado, limpiándose el sudor.

Patr. Tengasé usted, mi Tiniente,
que voto á brios que he corrido
mas que un galgo.
D. Fern. ¿Y qué ha hecho usted?
Patr. Vayase usted despacito,
y dexemé respirar,
que estoy de veras rendido.
Marq. ¿Y Don Nicasio?
Patr. Señor,
á los profundos abismos
se fué á cenar.
D. Fern. ¿Qué le ha muerto
usted?
Patr. Dios ha permitido
que haya muerto despeñado
en premio de los servicios
que hizo al diablo.
Marq. ¿De qué modo?
Patr. De este modo: Habiendo ido

en su busca, como usted
ordenó, á corto distrito
con la escasa luz que daba
la luna, le descubrimos,
y metiendo las espuelas
al caballo, que es de brios,
apreté detras de él, y él,
conociendo su peligro,
apretó tambien, de suerte,
que su caballo encendido
sin atender á razones,
le arrojó por unos riscos,
dexándole en un laus Deo
in puribus de sentidos:
fuimos allá, y le encontramos
con el cuerpo descosido,
y con el alma esperando
de su cuenta el finiquito,
para cobrar en azufre
lo que hubo adeudado en vicios:
junto á él en el suelo vemos,
un talego, le registro,

y encuentro que es de moneda,
le alzo al punto, y mis amigos
cargando con el defunto
al Pueblo le han conducido:
esta es la mosca, tomadla,
que en punto de honor me pinto
solo, ¿está usted? que aunque tengo
poco juicio, juego limpio.

Marq. ¡Cómo se ven en su muerte
del Cielo los altos juicios!
y así dexad la venganza
pues Dios por vos la ha cumplido.

D. Fern. ¿Puede pagar una muerte
acaso el vil homicidio
de Cecilia?

Marq. Mas allá
del sepulcro, amigo mio,
no dirijais la venganza.

D. Fern. Conozco que me he excedido,
mas no lo extrañeis, que es mucho
el dolor que el cruel destino
de Cecilia á mí me causa,

y no teniendo otro arbitrio
que el de llorarle; tormentos,
penas, congojas, conflictos,
conjuraos, y venid
á afligir el pecho mio
á porfia, para ver
si de este modo consigo
vengar su muerte llorando,
ó dar fin á mis martirios.

Sale la Marquesa muy alegre.

Marquesa. ¿Esposo? ¡ó Dios!

Marq. ¿Qué hay de nuevo?

Marquesa. Casi no acierto á decirlo
de alegría.

D. Fern. ¿Qué sucede?

Marquesa. Que el funesto parasismo
de Cecilia ¡qué ventura!
no ha sido mortál.

D. Fern. Respiro.

Marq. ¡Pues cómo, habiendo tomado
un tósigo!

Sale Don Juan.

D. Juan. No lo ha sido,
porque habiendo Don Nicasio
al Boticario pedido
veneno para matar
los animales nocivos
que infestaban sus graneros,
receló, viendo lo iniquo
de su proceder, no fuese
para algun exceso indigno,
y en su lugar le dió solo
un narcótico benigno,
que adormeciese algun tiempo,
para indagar sus designios:
de todo esto me ha informado
ahora el Boticario mismo,
al tiempo que iba á buscar
al Doctor.
Marq. y *D. Fern.* ¡Raro prodigio!
D. Fern. ¿Pero dónde está Cecilia?
Marquesa. Restaurada del deliquio
aquí se acerca.

Salen Payas, Jacinta y Cecilia.

D. Fern. ¡O, qué acaso!

Cec. No ha sido acaso este mio,
sino prodigio de Dios;
así, demoslé rendidos
gracias reverentes todos.

D. Fern. ¡De gozo, cómo no espiro!

Salen Bartolo, Patricio, Bonifacio, Faustino, Celedonio y Mozos.

Celed. ¿Con que murió Don Nicasio?

Marq. Sí.

Cec. Y yo, Celedonio, vivo
y siento su muerte.

Bart. ¿Cómo?

Marq. Tiempo habrá para decirlo;
y ahora, pues, con este caso
de mis dudas he salido,
y de Cecilia y de usted
el procedér tengo visto,
soy de opinion, que mediante
lo que en el Pueblo se ha dicho,
pudiera vuestro himenéo

acallar los malos juicios.
¿Qué dices, Cecilia?

Cec. Yo
no tengo mas, que deciros,
sino que todo el que toma
algun remedio, da indicios
de que tiene enfermedad,
y que en mi honor no la ha habido;
pero sin embargo de esto,
son tantos los beneficios
que le debo á Don Fernando,
que me dexan sin arbitrio
para responder por mí,
y así dexo á su alvedrío
la respuesta, y solamente
á recordarle me ciño,
que á Lucas juré firmeza,
que el juramento he cumplido,
como sabe Don Fernando;
que se ponga en lugar mio,
y que decida, que yo
á su decision me rindo.

Marq. ¿Qué decis?
D. Fern. Que es demasiado
generoso el pecho mio,
para permitir que falte
á la fe que ha prometido
á Lucas; y que el favor,
la piedad y el patrocinio
que usé con ella al mirar
que admitia mi cariño,
por sospechoso, no quiero
que jamas sea tenido;
fuera de que yo pretendo
dexar memoria á los siglos
de que se puede en dos almas,
aun entre sexôs distintos,
hallar amor sin deseo,
y sin interés cariño.
Cec. Con esto ha acabado usted
de esclavizár mis sentidos.
Marquesa. Pues á ser mi compañera
vendrás á Madrid conmigo.
Cec. Yo os lo estimo; pero puesto

que os mostrais tan compasivos,
vuestra proteccion imploro
para entrar en un retiro,
en donde entregada á Dios
del mundo huya los peligros.

Marq. Cuenta en todo con nosotros;
y pues he reconocido
del modo que está el Lugár,
arreglarle determino,
castigando los excesos,
y premiando los servicios. (mos

Los 4 Regid. Señor, ved:: que si toma-
el regalo::

Marq. Ya os he dicho,
que he de hacer justicia á todos,
dando premios y castigos:
vos, Celedonio, mirad
en lo que puedo servirso.

Celed. En no hacerme mas Alcalde
por no andar en estos ruidos.

Marq. Usted tambien tendrá premio.
á Patraña.

Patr. Me basta á mí medio chico.

Marq. ¿Estás ya desengañada
de tus zelos?

Marquesa. Sí, bien mio.

Marq. Pues entretanto, Cecilia,
que proporciono el destino
que apeteces, con nosotros
estarás.

Cec. Enmudecido
está mi agradecimiento
al ver tantos beneficios.

Celed. ¿Y ahora seguirá el festejo?

Marq. Sí, id al punto á conducirlo.
Y pues hemos visto ya
el fin que el vicio ha tenido,
y que á la virtud la guarda
Dios en el mayor peligro,

Todos. Todos amen la virtud,
todos detesten el vicio.

Se sientan todos en el foro y salen las quatro Parejas del bayle, y con el coro se presentan en dos alas á los Marqueses.

Coro. Admitan ustedes
un corto placer,
pues vienen al Pueblo
para nuestro bien:
vivan su Ecelencias
vivan sus mercés.

Sigue el bayle con lo que se da fin.

SAINETE.

EL PADRE SEDUCIDO.

Salon con sillas, y unas puertas transitables con cortinas.

Sale Don Bernardo.

D. Bern. Si supieran bien los Padres
lo que hacen quando se casan
segunda vez, mayormente
si son de edad abanzada,
y del primer matrimonio
tienen hijos en su casa,
fueran raros los que hicieran
semejante estravagancia.
Yo del primer matrimonio
soy hijo, por cuya causa
sufro las insidias fieras
de una madrastra inhumana,
que, seduciendo á mi Padre

con engañosas palabras,
mi ruina intenta, porque
la herencia en su hijo recaiga;
pero este viene ácia aquí
con su Ayo: desde esta estancia
quiero escucharlos, por ver
si de cosas mias tratan.

Se retira al bastidor.

Salen Cadete y Ayo.

Cad. Estamos bien, Señor Ayo,
venimos buenos á casa.

Ayo. Calla no lo oiga tu Padre.

Cad. Si á jugar no me llevara
usted, no hubiera perdido
entónces relox y espada.

Ayo. Yo lo he hecho por divertirte.

Cad. Pues me ha salido bien cara
la diversion: ¿qué dirá
mi Padre al ver que me faltan?

Ayo. Déxalo estar, Señorito,
que yo lo taparé, calla.

Cad. ¿Y los seis doblones que

perdí sobre mi palabra
cómo los pagaré?

Ayo. Mira:
tu madre llega á la sala,
fingete malo, y no temas,
que ella pagará la farda.

Cad. Qué cosas me enseña usted
tan á mi gusto.

Ayo. En la crianza
de los Señoritos de
moda es necesario usarlas,
para obtener de sus padres
la recompensa y la gracia.

D. Bern. ¡Así, aduladores viles,
recompensáis la confianza
de los padres! Señoritos,
con Ayo de esta calaña,
no es extraño tengais muchos
costumbres tan relaxadas.

Ayo. Siéntate que llega. (*se sienta el* *Cadete.*)

Sale la Madrastra.

Madr. Niño,

¿cómo estás?

Cad. La mano, mama.

Madr. ¿Qué es esto, Don Alexandro,
que tan macilento se halla
el niño? ¡Usted me le ha muerto!
¿Has andado mucho, mi alma?

Cad. He ido desde el Buen-Suceso
á casa de Perez.

Madr. Vaya,
que usted me ha de despear
el niño : vete á la cama,
hijo mio, que estarás
cansado.

Cad. Madre adorada,
si usted no me da consuelo,
de esta vez mi vida acaba.

Madr. Si tú acabas, hijo mio,
¿qué hará tu madre? declara
lo que tienes.

Cad. No me atrevo.

Ayo. Yo lo diré en dos palabras.

Cad. No se lo diga usted.

Madr. Sí,
dígalo, dígalo.

Ayo. Vaya,
lo diré, pues que se empeña.
Habiendo ido esta mañana
á Misa, unos picarones,
en tanto que yo rezaba,
á hurto de mí seduxéron
al muchacho, y á una casa
de juego le hiciéron ir,
en donde, con doble maña,
quanto jugó le ganáron:
yo viendo que me faltaba,
fui en su busca, y un amigo
me dixo, ahora mismo acaba
de entrar en esa vecina
mesa de trucos; con ansia
entré en ella, sin embargo
de ultrajar mis circunstancias,
á tiempo que ya engolfado
en el juego el niño estaba.
¿De qué sirve, jóven loco,

que me esmere en tu crianza,
si dexas mi educacion
de esta suerte desairada?

Mad. No le regañe usted; que harto
apesadumbrado se halla.

Cad. Yo me voy á echar á un pozo.

Madr. Ay hijo de mis entrañas,
no hagas tal, que ántes que todo
es tu vida idolatrada:
¿con que has perdido?

Cad. Sí, madre.

Madr. Vaya, que no importa nada.

Ayo. Le han malganado el relox
de oro.

Madr. Pobrecito, vaya,
que yo te daré otro.

Cad. Ved::

Ayo. Tambien la espada de plata.

Madr. ¿La espada tambien, mi niño?

Cad. Si el señor no me llevara::

Ayo. ¿Yo, Señorito?

Madr. No importa,
que así aprenderá: mi alma,
consuelate.

Ayo. Y ha perdido
tambien sobre su palabra
ocho doblones.

Cad. Son seis. *(aparte al Ayo.)*

Ayo. Los dos para una borrasca. *(aparte.)*

Cad. Ocho, madre, ocho. *(al Cadete.)*

Madr. Vamos,
que yo te los daré, calla.

D. Bern. Confundido estoy de oir
tan inauditas infamias.
¡Ah, madres, por vuestros mimos
quántos hijos se desgracian!

Cad. Madrecita, quánto os quiero.

Ayo. Así el picaron la engaña. *(apparte.*

Cad. ¿Se lo dirá usted á Padre?

Madr. No, pero aunque lo llegara
á saber, no pasaria
la menor pena, que en casa
ya sabes que mando yo.

D. Bern. Así está ella gobernada.

Cad. ¿Con que me quiere usted mucho,
mucho?

Madr. Tanto, que hasta que haga
que desherede Perico
á mi hijastro, mi asechanza
no ha de parar.

D. Bern. ¡Ah insidiosa!
Yo sabré frustrar tus mañas.

Madr. Ya sabes que le he hecho creer
que es de una vida extragada,
qué desea que se muera,
y que me insulta y maltrata.

Cad. Apriete usted.

Madr. Ya lo hago.

Cad. Si supiera usted la gana
que tengo de qué se muera
mi Padrastro.

Madr. Niño, calla.

Cad. Si usted tiene mas que yo.

Madr. Pero no se dice,

D.Ped. ¿Marta? *(dentro.)*

¿Martita?

Madr. ¿Qué quieres hijo?

Sale Don Pedro.

D. Ped. Sin tu vista no me hallaba.

Madr. Ni yo, por que á mi Perico
poco le quieren mis ansias.

D. Ped. Yo estoy loco de contento
contigo, prenda adorada:
qué cordial es para un viejo,
una muger de mediana
edad.

Madr. Y con todo me
dexarás desamparada.

D. Ped. Te mejoraré en el quinto.

Madr. ¿Y mi hijo?

D. Ped. Tendrá una manda
razonable.

Ayo. ¿Y yo?

D. Ped. Un legado.

Madr. No te debo en eso nada,
que por política hoy dia
no hay marido que no lo haga,

mas que le he de hacer, paciencia,
he nacido desdichada
y basta; primero es tu hijo,
y es fuerza que en el recaiga
la herencia que justamente
se debe á sus circunstancias.

D. Ped. Es un picaro, un bribon.

Sale Don Bernardo.

D. Bern. Padre mio, á usted le engañan,
le seducen, y perturban
la tranquilidad del alma.

D. Ped. Quien la perturba eres tú.

Madr. No sabes bien sus infamias.

D. Bern. Ni usted las de su hijo: padre,
pregúntele de qué casa
viene ahora.

Madr. ¿De dónde viene?

D. Bern. De jugar relox y espada.

Madr. Que calumnia, y no ha salido
hoy todavía de casa.

D. Ped. ¿Qué hay en esto niño?

Madr. Espera,

que ahora verás lo que pasa:
sin relox ni espada está, (*aparte.*)
pues son como los que acaba
de perder mi hijo, yo haré
que el delito en el recaiga. (*vase.*)

D. Bern. Padre mio, abrid los ojos,
advertid que mi madrastra,
y su hijo os estan deseando
la muerte.

D. Ped. Tú, tú, canalla,
me la deseas.

Ayo. A mí,
me lo ha dicho veces varias,
y todo porque enamora
la dama de Salamanca,
que usted en su casa tiene
estos dias hospedada.

D. Bern. Calla, Abate, seductor
de la juventud incauta.

Ayo. Si él tomase mis lecciones::

D. Bern. El saldria buena maula.

D. Ped. ¡Pobre señor!

Ayo. Me aborrece
porque reprendo sus faltas;
¡pero quándo de los malos
la virtud no es ultrajada!

Sale la Madrastra.

Madr. Perico, mira quién es (*saca relox*
tu hijo, mira la espada *y espada.*)
y relox del niño, usted,
Don Bernardo, siempre trata
de sembrar entre nosotros,
la discordia y la cizaña.

Cad. ¡Lo que sabe madre!

Ayo. Chito, (*aparte.*)
y apoyemos su falacia.

D. Bern. No dixiste poco hace::

Ayo. Que usted tenia muy mala
conducta, y que era un dolor,
que en el juego malgastara
el patrimonio.

Madr. ¡Ay, Perico!
nuestra casa está arruinada,
y si no fuera por mí

que procuro gobernarla
con economía::

D. Pedr. Ya
lo sé.

Madr. ¿Dónde está tu espada
y relox? Si le ha jugado.

D. Bern. Callad perversa Madrastra.

D. Ped. ¿Así hablas á mi Martita?

Ayo. Dígale usted que lo traiga.

D. Bern. Ya se vé que lo traeré. (*vase.*)

Madr. Bien va saliendo mi traza: (*aparte.*)
déxale por heredero,
que lo merecen sus gracias.

D. Ped. Como pudiera, hija mia,
yo bien le desheredara.

Madr. No querras, ni eso es razon;
mejor será que tu Marta,
despues de tus dias gima
de la miseria ultrajada.

D. Ped. Duélete de tu Perico,
por amor de Dios, no le hagas
que llore como un muchacho:

yo te dexaré la plata,
el dinero, y lo que pueda.
Cad. Si usted falta á su palabra,
ni siquiera un Padre nuestro
le he de rezar por su alma.
D. Ped. ¿Y tú?
Madr. Dexemonos de eso,
que estoy toda contristada.

Sale Don Bernardo.

D. Bern. Esta es una picardia.
Ayo. ¿Dónde están esas alhajas?
D. Bern. Vedlas, que usted á mi quarto
fué por ellas.
D. Ped. Calla, calla,
que eres un picaro, un vil.
Madr. Esto ya pasa de raya:
él ó yo, desde este instante,
hemos de salir de casa.
D. Bern. Permitidme que aquí os diga
que sois una muger fatua,
ambiciosa, y que teneis
pocos visos de christiana.

D. Ped. Vete bribon. (*amenazándole.*)

Ayo. Salga usted. (*rempujándole.*

D. Bern. Reparad: :

D. Ped. Picaro, aguarda::

Vase D. Bernardo huyendo de D. Pedro.

Madr. Eres un caco y un vil::
¡yo de este modo ultrajada!

D. Ped. Por Dios que no te sofoques.

Madr. Se ha de acordar de su audacia.

D. Ped. Marta mia::

Madr. Vete, vete,
no descargue en tí mi rabia.

D. Ped. ¿En tu Perico?

Madr. En el diablo.

D. Ped. Paciencia, fuerza es dexarla.
Al bastidor.

Madr. ¿Yo ambiciosa?

D. Pedr. Dueño mio:: (*desde léjos.*)

Madr. ¿Yo poco christiana y fatua?

D. Ped. Esposa mia, mi bien:: (*lo mismo.*)

Madr. Vete, bribon, noramala. (*vase.*)

D. Ped. De mirarla enfurecida,

las lágrimas se me saltan. (*vase.*)

Ayo Hemos salido del lance
mucho mejor que pensaba.

Cad. Aquí la huéspeda viene
hablando con su criada.

Ayo. Si Salamanca esto cria,
bien haya amen Salamanca.

Cad. Mas que las Salamanquinas
las Alcarreñas me agradan;
y así voyme á la cocina
á ver la criada de casa.

Sale Doña Rita de petimetra y Blasa de Criada.

Blasa. ¿Con que vaya, señorita,
la Opera á usted la agrada?

Doña Rita. Confieso que me he alegrado
venir desde Salamanca
á verla, porque es un rato
que aun el mas adusto alaba,
porque la decoracion,
la música delicada,
el teatro, los actores,

la orquesta, bayles y farsa
deleitan sin ofender,
y dan una idea basta
del modo que deberian
ser los teatros de España;
en fin es la cosa que
mas á mi genio se adapta.

Blasa. Otra cosa adapta mas
á tu genio.

Doña Rita. ¿Y qual es, Blasa?

Blasa. ¿Quál? Don Bernardo,

Doña Rita. Negarte
el que el alma le idolatra,
es inútil, quando sabes
que hoy una chupa bordada
le estoy acabando, pero
la indecible extravagancia
de su padre, y la vileza
de su madrastra tirana,
no me dexan decidir
si le haré dueño del alma.

Blasa. ¿Regalándole una chupa

á toda costa bordada,
y bordada por tus manos,
que es la mejor circunstancia,
dudas decidirte: : : amiga,
la breva madura se halla.

Doña Rita. No lo creas : haz traer
el bastidor á esta sala.

Blasa. Que no lo crea , y la chupa
vas á concluir : : tararara. (*vase.*)

Doña Rita. Aunque este jóven no tiene
la presencia mas gallarda,
su candor y su modestia,
su merecimiento ensalzan,
y yo á los dones del cuerpo
antepongo los del alma.

Sale Blasa con un criado con un bastidor.

Blasa. Aquí está el bastidor.

Doña Rita. Vete, (*se sienta y*
miéntras estoy ocupada *se va Blasa.*)
en esta faena, quiero
cantar por templar mis ansias.

Canta La perfeccion del cuerpo

sin la del alma,
es perfeccion que solo
la vista alhaga.
Y yo prefiero,
al gusto del sentido
el del talento.

Sale Don Antonio.

D. Ant. Hermana::
Blasa. Señora::
Doña Rita. ¿Qué hay?
D. Ant. Que nuestro deudo de casa
echa á Don Bernardo.
Doña Rita. ¿Cómo?
Blasa. De él sabrás las circunstancias
del asunto, pues de tí
á despedirse á esta estancia
viene.

Sale Don Bernardo.

D. Bern. ¿Qué dirá mi bien (*al bastidor*)
viendo una accion tan villana?

Dueto.

Doña Rita. Que honesto semblante

tiene Don Bernardo:
¡quanto me acongoja
el ver su quebranto!

Sale Madrastra.

Madr. Aun no se ha ido
de casa el hijastro:
quanto me enfurece
este mogigato.

Doña Rita. Consolarle quiero
por templar su pena::

Madr. Quiero sofocarle,
porque mas no vuelva::

Las dos. Entre hijastros y madrastras,
nunca puede haber union
porque siempre turbulencias
dá de sí la emulacion.

Madr. ¿No te has ido todavía?
yo haré que tu padre salga
á hacerte salir de aquí,
hombre ruin y sin crianza:
Querida mia , usted no
conoce á esta buena maula. *(vase.)*

D. Bern. ¡No hay consuelo para mí!
¿Qué he de hacer en tal desgracia?
D. Ant. Si uste me quiere creer,
váyase uste á sentar plaza.
Doña Rita. ¿Pero qué ha habido?
D. Bern. Que todas
las distracciones me achacan
del Cadete.
Doña Rita. Yo á su ayo
le tengo en opinion mala.
D. Ant. Yo no, porque en un abate
ayo no caben infamias.
D. Bern. Hoy le ha llevado á jugar.
Blasa. Porque se civilizára.
D. Bern. Y ha perdido el espadin
y el relox.
Blasa. Le incomodaban,
y quiso por este medio
quitarle al niño la carga.
D. Bern. Y por ocultar el hecho
me ha quitado mi madrastra
los mios.

Blasa. Buen quid pro quo,
ni un tratante de la Plaza
haria mas.
Doña Rita. Vete dentro,
que yo no gusto de chanzas.
Vanse Blasa y *Don Antonio.*
D. Bern. Y por fin, desheredarme
mi padre por esto trata,
para lo qual testamento
haciendo ahora mismo estaba,
en que dexa de sus bienes
por usufructuaria á Marta.
Doña Rita. Para adular sus pasiones
los viejos, ¡qué estravagancias
no hacen, si á segundas nupcias
con mugeres mozas pasan!
en fin, Don Bernardo, al quarto
de mi hermano usted se vaya,
en tanto que yo procuro
serenar esta borrasca,
D. Bern. Es dificil.
Doña Rita. A mi cargo

dexemelo usted.

Sale Don Pedro.

D. Ped. Canalla,
¿qué haces aquí? ¿qué pretendes
que Doña Rita te valga?
no te valdrá, que es juiciosa
y jamas protege infamias:
vete, que desde hoy te asigno
treinta reales de mesada.

D. Bern. ¿Treinta reales?

D. Ped. Y con quince
dice Marta que sobraba.

D. Bern. Ved::

Doña. Rita. Un hijo debe hacer
lo que su padre le manda.

D. Ped. ¿Lo ves?

D. Bern. Ya me voy: á Dios. (*vase.*)

Doña Rita. Ve donde mi amor te encarga.

D. Ped. A usted tal vez esta accion
le parecerá tirana.

Doña Rita. No por cierto, ántes la tengo
por muy justa yarreglada.

D. Ped. Lo mismo dice Martita;
si á fondo usted la tratara
como yo::

Doña Rita. Siéntese usted,
y me contará sus gracias. (*se sienta.*)

D. Ped. Si viera usted que buena es;
si no fuera un poco vana,
colérica y ambiciosa,
seria como una malva.

Doña Rita. ¿Os quiere?

D. Ped. Si lo supieseis:
el otro dia en la sala
delante de la tertulia,
me llamó hijo de mi alma.

Doña Rita. Pues yo oí decir que luego
os llamó viejo.

D. Ped. Fué en chanza;
sobre que me llama siempre,
Periquito, y por pagarla
lo que la debo he resuelto
por mi heredera dexarla.

Doña Rita. Haceis bien, y vuestro hijo

que de puerta en puerta vaya.
D. Ped. Lo mismo dice Martita.
Doña Rita. Y puesto que tiene mala
conducta, vaya con Dios.
D. Ped. Vaya con Dios.
Doña Rita. Y si se halla
necesitado, y acaso
hace alguna accion bastarda
de robar ó de estafar,
¿á vos qué os importa? nada.
D. Ped. Ya se vé.
Doña. Rita. Que ande hecho un pillo
por esas calles y plazas,
sin ocupacion ni oficio,
expuesto á que la eficacia
de la Justicia le prenda,
¿á vos, qué os importa? nada.
D. Ped. Sí es claro.
Doña Rita. Un jóven ocioso,
separado de su casa,
que con malas compañías
se junte, que se distraiga,

entre en casas de sospechas,
juegue, beba, riña, y haga
las diligencias posibles
para afrentar su prosapia,
conduciéndose á un suplicio;
¿á vos qué os importa?

D. Ped. Basta,
que me llenan de amargura
el corazon tus palabras.

Doña Rita. No son mis palabras.

D. Ped. ¿Pues
quién? (*se levanta.*)

Doña Rita. Vuestra conciencia.

D. Ped. Calla,
¿qué he hecho malo yo?

Doña Rita. Arruinar
vuestro hijo por su madrastra.

D. Ped. Esa es mania que todos
tienen por tirar à Marta.

Doña Rita. ¿La conoceis vos?

D. Ped. A fondo. (engaña.

Doña Rita. Que apuesta usted, que se

D. Ped. Si es mi muger.
Doña Rita. ¿Quánto habrá
que lo es?
D.Ped. Un año.
Doña Rita. Y no bastan
diez para conocer una:
no la conoceis.
D. Ped. ¿La causa?
Doña Rita Por que si la conocierais,
de ella mandar no os dexarais.
D. Ped. Porque la amo , todo el mundo
la mira con mala cara,
y sobre todo me coca
y me consuela , que basta
para que en mi corazon
la tenga yo colocada.
Doña Rita. Hace usted muy bien ; á mí
que su hijo se distraiga,
que Doña Marta le engañe,
que el Cadete las alhajas
se juege, y que esten deseando
todos su muerte con ansia,

que se me da: si yo he hablado
á usted con claridad tanta,
ha sido movida del
parentesco, y de la rabia
que en mí ha excitado el mirar
que todo el mundo le engaña.

D. Ped. Y para desengañarme,
¿qué he de hacer?

Doña Rita. A esa otra sala.
vaya usted, que allí hablarémos.

D. Ped. ¿Sabeis si Marta es culpada?

Doña Rita. Ya lo veréis.

D. Ped. Yo no creo
que ella pueda serme ingrata.

Doña Rita. ¿Antonio?

Sale Don Antonio.

D. Ant. ¿Qué es lo que quieres?

Doña Rita. Ven, y en tanto escucha y
calla. (*vanse.*)

Sale Tomasa huyendo con una plancha en la mano y detras el Cadete.

Tom. Déxeme usted.

Cad. Oyeme,
siquiera quatro palabras.
Tom. Par a oirle es necesario
que las manos tenga atadas.
Cad. Vaya, yo me estaré quieto.
Tom. Y si no, aquí está la plancha.
Cad. ¿Sabes que digo?
Tom. ¿Qué dice?
Cad. Que valieras mucha plata,
pero te quita el valor
la fatal de ser uraña.
Tom. Quizá me la aumenta.
Cad. Puede,
pero si tú la dexaras
estarias mas decente.
Tom. De cuerpo, pero no de alma.
Cad. Sabes que si tú quisieras,
contigo yo me casara.
Tom. ¿De qué suerte?
Cad. De la suerte
que otros Cadetes se casan;
y así::

Tom. Vamos poco á poco,
porque aquestas manos manchan.
Cad. A verlo pues::

Va á tomarla la mano, y ella le quema con la plancha.

Tom. Insolente.
Cad. Ay, ay, madre de mi alma,
por Dios venga usted corriendo,
que me ha quemado la criada.

Salen Madrastra y Ayo cada uno por su lado.

Ayo. ¿Qué es esto?
Mad. ¿Qué tienes hijo?
Cad. Que me quemó con la plancha
esta.
Tom. Si Señor, porque
tiene las manos muy largas.
Madr. ¿Tú quemar al Señorito?
vete al punto de mi casa.
Cad. Por esta vez, madre mia,
perdonela usted.
Madr. Da gracias

al niño ; porque si no::

Ayo. La pagarás bien pagada:
con las criadas bonitas
es fuerza la tolerancia. *(aparte.)*

Madr. ¿Quién hace caso de niños?

Tom. Quien sabe que hacen niñadas,

Madr. ¿Qué es lo que hablas? picotera,

Tom. Nada, señora ; rezaba. *(vase.)*

Ayo. ¿Te duele?

Cad. Ya se pasó.

Ayo. ¡Quánto las criadas me enfadan!
no tienen miedo á los hombres,
y de los niños se espantan.

Sale Doña Rita.

Doña Rita. Venid, señora, venid,
que á vuestro esposo le acaba
de dar un fuerte accidente,
del qual casi está sin habla.

Sale D. Antonio.

D. Antonio. Un Doctor.

Sale Tomasa.

Tom. Un Confesor.

Madr. ¿A qué viene prisa tanta,
quando ya ha hecho testamento?
Doña Rita. Ve por el Doctor, despacha:
A Don Antonio, y *vase este.*
y usted, señora, entre á ver
cómo su marido se halla.
Vanse las tres.
Cad. Si se muere mi padrastro,
con sus pesos qué borrascas
hemos de correr los dos.
Ayo. Como la de la semana
pasada.
Cad. Ya la del bayle
del Barquillo ; ¡qué muchachas!
Ayo. ¿Qué muchachas? ¿quáles eran?
porque si no las dos majas
que iban con la Señoría,
que estuvo siempre sentada
en la puerta de la alcoba,
haciendo tantas monadas
con el Alferez , no habia
cosa alguna de substancia.

Para graduar de hermosa
un Abate á qualquier dama,
necesita que en su rostro
resplandezcan las tres gracias.

Sale la Madrastra.

Cad. ¿Y mi padrastro?
Madr. Muy malo:
á verle entrad sin tardanza,
porque no piense ninguno
que aplaudimos su desgracia:

Vanse Ayo y Cadete.

Ya le he cogido las llaves
de debaxo de la almoada:
ahora finjamos: ¡que haré *(se sienta)*
si mi marido me falta! *y llora.*

Salen Don Antonio y Doctor.

Don Ant. Señor Doctor, entre usted
por Dios, ved::
Doct. Tened cachaza: *(se sienta.*
vamos, ¿qué tiene el enfermo?
Madr. Un fuerte accidente.
Doct. ¿Y habla?

D. Ant. Poco.

Doct. Eso es bueno:
¿y el pulso?

D. Ant. Cada instante se le para.

Doct. Eso es lo que quiero yo:
vaya un polvo.

D. Ant. ¡Qué machaca
es usted!

Madr. Por Dios entrad,
que por la posta se marcha.

Doct. Gaste usted flema, señora,
¿tiene usted rapé de España?

D. Ant. Dexeme usted.

Doct. ¿Ha ido usted,
á la Opera, Doña Marta?

D. Ant. ¡Qué pesadez!

Doct. O! es buen bayle
el de Dido abandonada.

Sale Blasa.

Madr. ¿Y Perico? ¿y mi marido?

Blasa. Ahora de espirar acaba.

Sale el Cadete.

Cad. Ya murió.

Madr. Gracias á Dios, (*aparte.*)
que hemos salido de maulas:
¡Ay desdichada de mí
que murió mi prenda amada!

Cad. ¿Por qué llorais, madre mia?

Madr. Por cumplimiento: ahora falta
ir á ver si en los Burós,
estan dinero y alhajas.

Doct. Señora, aquí ya acabé,
la propina espero en casa.

Vánse el Doctor y Don Antonio.

Cad. ¿Con que todo es nuestro?

Madr. De
todo soy dueña á Dios gracias.

Cad. ¿Y quándo hemos de llorar?

Madr. Así que entren en la sala
las visitas.

Cad. ¿Con que entónces,
hemos de llorar sin gana?

Madr. Es fuerza, que así lo exîge

la etiqueta inveterada. (*vase.*)

Cad. Pues yo á ningun heredero
que llora creo palabra,
porque cómo ha de sentir
lo mismo que deseaba:
á mi entender, son los duelos
todos pura patarata.

Sale Doña Rita.

Doña Rita. ¿Y sobre el difunto, quién
dispone lo que hace falta?

D. Ant. A la heredera le toca.

Sale la Madrastra.

Madr. Sí ¡cómo la herencia es tanta!
vea usted, doce talegos
de oro solo he hallado en casa.

Cad. ¡Qué porqueria! ¿por qué
no dexará mas?

Ayo. Madama,
ha sido muy perdulario
vuestro esposo.

Madr. Sí, arruïnada
me dexa.

Doña Rita. No os dexa tanto
como decis: las alhajas,
y el dinero , de un millon
efectivo sé que pasan

Madr. Y apénas para el entierro
todo lo que dexa alcanza.

Cad. Perdidos nos dexa el viejo.

Don Bernardo al bastidor.

D. Ber. Oygamos en que esto para.

D. Ant. ¿Qué dispone usted, señora?

Madr. Ahora no estoy para nada.

Cad. Que le pongan quatro luces.

Madr. ¿Quatro? dos cirios le bastan:

D. Ant. ¿Y el entierro?

Madr. Que le entierren
de secreto.

Doña Rita. Y para su alma,
¿qué sufragios le hace usted?

Madr. Un par de Misas rezadas.

Cad. Para lo que el viejo dexa,
sois demasiado bizarra.

D. Ant. y *Rita.* Reparad que eso es injusto.

Cad. A ustedes nadie les llama.
para este asunto , y yo sé
lo que debo hacerme en casa.

Sale D. Bernardo.

D. Bern. Mi padre se ha de tratar
conforme sus circunstancias,
que aunque él no amaba á este hijo,
este hijo á él le amaba.
Cad. Mandarás en tu dinero.
D. Bern. No vengo á pediros nada,
que aunque mi padre conmigo
á lo que debia falta,
yo con el no he de faltar
á lo que el respeto manda.
Madr. Aquí no tienes que hacer,
porque aquí ya nadie manda
sino es yo , y yo dispondré
aquello que me de gana.

Sale Don Pedro.

D. Ped. Si te lo permito yo.
Madr. ¡Qué es aquesto!
D. Ped. Tus infamias

haber del todo indagado
con esta ficcion extraña.
Dame los brazos, Bernardo,
ven á consolar mis canas:
Marta, ya te he conocido;
este niño y tú mañana
iréis á donde el rubor
corrija vuestras infamias:
á vos no quiero perderos, (*al Ayo.*)
pero salid de mi casa.

Ayo. No me faltará otro niño
de estas mismas circunstancias. (*vase.*)

Cad. Usted madre me ha perdido
con su mimo y tolerancia.

Madr. Ya lo conozco, y la enmienda
sabrá corregir mis faltas.

D. Ped. Usted me ha dado la vida,
y así, si acaso le agrada
Don Bernardo, con su mano
quedará recompensada.

Dóña Rita. ¿Y sabe usted si me quiere?

D. Ber. Con la vida y con el alma.

Doña Rita. Y pues de este desengaño,
originales no faltan,
abran los padres los ojos,
y enmiéndense las madrastras.

Todos. Y acabando aqui el capricho,
digan nuestras consonancias.

Tom. Las tareas racionales,
en lugar de dar que hacer,
sirven de templar del ocio,
la indolente estupidez.
Viva el saber,
viva el placer,
que del vil ocio
disipa el ser,
sin contingencia,
que la indolencia,
ningun estrago,
haga al deber.

Todos. Viva el saber, &c.

Madr. Todo rato que á las musas,
se dedica con placer,
es loable si no ofende

del candor la sencillez,
Viva, &c.
Todos. Viva, &c. (artes,
Doña Rita. Quando el tiempo, con las
se procura entretener,
con decoro aprovechando,
se disfruta del placer.
Viva, &c.
Todos. Viva el saber,
viva el placer,
que del vil ocio
disipa el ser,
y ahora el sosiego,
busquemos luego,
porque el descanso
siga el placer,
por que el descanso
siga el placer,
por que el descanso
siga el placer.

FIN.

THE LIBRARY OF THE
[illegible]
AT
CHAPEL HILL

RARE BOOK
COLLECTION

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T445
v.44
no.36